

**DE LA DESILUSIÓN DEL SEPULCRO AL GOZO DE LA RESURRECCIÓN, CAMINO**

**A EMAÚS DESDE Lc 24, 13-35**

**Trabajo de Grado para optar al título de**

**Magíster en Teología**

**ELVIA ADARME ORDÓÑEZ, ODN**

**DIRECTOR: PBRO. MAG. TARCISIO GAITÁN BRICEÑO**



**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA**

**FACULTAD DE TEOLOGÍA**

**ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES**

**MEDELLÍN**

**2017**

## AGRADECIMIENTOS

La autora agradece en primer lugar a Dios, por haberle brindado la oportunidad de leer y profundizar un texto tan antiguo y al mismo tiempo tan actual, sobre la manera cómo Jesús Resucitado conduce a dos discípulos que van camino a Emaús. Ellos representan a los caminantes de todos los tiempos, en la búsqueda del sentido de sus vidas.

Gracias a mi familia que me acompañó en esta búsqueda, a la Compañía de María y en especial a la Provincia del Pacífico, por ofrecer todos los medios, y hacer posible esta reflexión teológica para bien propio y de otras personas con quienes se haga extensiva. A la Superiora Provincial Liliana Franco Echeverri y Equipo Provincial, a Marta Inés Restrepo, odn, a Ofelia Correa, odn, y comunidad de Villa Lestonnac, a Marysol Franco Echeverri, odn y comunidad de san Javier, a todas las hermanas que apoyaron este esfuerzo académico.

Gracias a la Universidad Pontificia Bolivariana. Al Director de Postgrados en Teología, Pbro. Doctor César Augusto Ramírez, a mi Director de investigación Pbro. Magíster Tarcisio Gaitán Briceño y a los docentes, que con sus conocimientos y con su vida, impulsaron la realización de esta labor académica aplicada a la vida humana y espiritual. Lo mismo que a los compañeros de maestría, a mis amigos, en especial a John Henry Rivera que también me acompañó en este caminar. Gracias por las inquietudes y logros compartidos.

Gracias a todas las personas que de una u otra forma, contribuyeron tanto al proceso como a la satisfactoria culminación de un trabajo, que busca brindar unas claves de acompañamiento, para todos aquellos que desean sentir “arder” el corazón a través del encuentro personal con Jesús Resucitado.

## CONTENIDO

	Pág.
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>6</b>
<b>1. UN RELATO EN CINCO ETAPAS.....</b>	<b>10</b>
1.1. Ubicación del relato en el evangelio de Lucas.....	10
1.2. El texto en Griego .....	14
1.3. El texto en Castellano. ....	16
1.4. Análisis narrativo del relato: .....	17
1.4.1. Primera aproximación.. ....	17
1.4.2. Límites y unidad del texto.. ....	18
1.4.3. La trama.....	20
1.4.4. Los personajes.. ....	26
1.4.5. El marco de la narración.. ....	31
1.4.6. La temporalidad.. ....	33
1.4.7. La voz narrativa.. ....	35
1.5. Conclusión .....	36
<b>2. EN LA METÁFORA DEL CAMINO .....</b>	<b>39</b>
2.1. La palabra camino.....	39
2.1.1. Sentido geográfico. ....	39
2.1.2. Sentido metafórico.....	40
2.2. El camino de Jesús hacia Jerusalén según Lucas 9, 51-19, 28.....	43
2.2.1. Instrucciones para el camino.....	45
2.2.2. Instrucciones en el camino y en torno a un banquete. ....	45
2.2.3. La venida del Reino de Dios. ....	46
2.3. El camino de los discípulos como proceso de fe en el seguimiento de Jesús.....	48
2.4. El camino a Emaús .....	52
2.5. La desilusión y el gozo de los discípulos en el camino de seguimiento.....	56
2.6. Conclusión .....	58

<b>3. EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA, A LA LUZ DEL RELATO DE EMAÚS.....</b>	<b>60</b>
<b>3.1. Un abismo llamado sin sentido .....</b>	<b>61</b>
<b>3.2. Relectura del relato de Emaús en clave de acompañamiento.....</b>	<b>64</b>
<b>3.2.1. Primera clave. ....</b>	<b>66</b>
<b>3.2.2. Segunda clave.....</b>	<b>69</b>
<b>3.2.3. Tercera clave.....</b>	<b>71</b>
<b>3.2.4. Cuarta clave. ....</b>	<b>73</b>
<b>3.2.5. Quinta clave. ....</b>	<b>76</b>
<b>3.3. Tocados por el Espíritu del Resucitado (Lc 24, 32b).....</b>	<b>79</b>
<b>3.4. Contar lo sucedido en la propia vida (Lc 24, 33a) .....</b>	<b>80</b>
<b>3.5. Santa Juana de Lestonnac y el acompañamiento espiritual .....</b>	<b>82</b>
<b>3.6. Conclusión .....</b>	<b>86</b>
<b>4. CONCLUSIONES GENERALES .....</b>	<b>89</b>
<b>REFERENCIAS .....</b>	<b>94</b>

## RESUMEN

El relato de los discípulos de Emaús propuesto por Lucas al final de su evangelio, se toma como base del acompañamiento espiritual, por las claves que ofrece tanto para quien acompaña como para el que es acompañado. Se hace un análisis narrativo del texto, una lectura teológica y la aplicación pastoral, con el fin de comprender la riqueza del mismo y descubrir la dinámica del camino, como proceso de fe vivido por dos discípulos en el seguimiento de Jesús.

El relato fue escrito en el contexto del testimonio de la Resurrección de Jesús, y muestra cómo dos discípulos guiados por Jesús en el camino de su vida, superaron la situación de desilusión que vivían, y se convirtieron en testigos del Resucitado.

Para Lucas es muy importante la imagen del camino, como expresión de la vida y la misión de Jesús y sus discípulos, por lo tanto esta metáfora se utiliza para trazar el acompañamiento espiritual, buscando que cada persona acompañada sienta que “arde” su corazón al calor de la Palabra, y que se “abren” los ojos de su fe en “la fracción del pan”, en este viaje de la vida.

**Palabras clave:** muerte-resurrección, Jesús, discípulos de Emaús, camino, Escrituras, fracción del pan.

## INTRODUCCIÓN

La teología como ciencia que se aproxima al conocimiento de Dios y de su manera de actuar a través de la historia, brinda elementos que ayudan a tomar un texto bíblico, reflexionar en su mensaje, conocerlo mejor y profundizar en su significado, con el fin de iluminar la vida y la misión del ser humano. Por esta razón “es urgente preguntarnos por la manera como integramos en la vida el fenómeno de la revelación de Dios con el de nuestra fe” (Ramírez, 2013, p. 13).

Precisamente Lucas presenta en el relato de Emaús a Jesús Resucitado tan real y tan vivo que camina y conversa con los discípulos, les explica las Escrituras y parte con ellos el pan. Es Dios mismo quien se revela en el Resucitado y ellos después de dudar, finalmente por fe lo reconocieron. Revelación y fe, un misterio que va más allá de la razón para ubicar al ser humano en otra dimensión.

Dios se revela en la historia concreta de las personas, en sus relaciones interpersonales, y así, por la revelación y la gracia, surge la fe, porque ésta “y la historia se hallan en característica interacción (...), Jesucristo es una figura histórica que sólo alcanzó su influencia universal mediante la fe en que él sigue viviendo junto a Dios, mediante la fe en la resurrección del crucificado” (Schnackenburg, 2009, pp. 15-16).

Lucas al dirigirse a sus destinatarios a través del evangelio, en este caso concretamente por medio del relato de Emaús, pretendió dar un mensaje claro de la resurrección de Jesús, y destacó básicamente dos aspectos fundamentales; la apertura de la mente para creer en lo que dicen de Él las Escrituras, y la apertura de los ojos de la fe, para reconocer al Resucitado en la Eucaristía

Frente al relato de Emaús, la intención de su autor al escribirlo y la manera cómo se puede leerlo hoy para iluminar la vida, surge la pregunta; ¿cuáles son los elementos claves para descubrir

el paso de la desilusión al gozo de la resurrección vivido por los dos discípulos? La situación de ellos era de decepción, de tristeza y desesperanza por la crucifixión y la muerte de su Maestro y Amigo Jesús. El problema de muchos jóvenes actualmente es la pérdida del sentido de sus vidas, por eso el presente trabajo, ofrece unas claves desde el relato, para tratar de responder a esta circunstancia vivida por dichos jóvenes.

Por tal razón el objetivo general del presente trabajo consiste en desentrañar algunas de las claves propuestas por Lucas en el relato de los discípulos de Emaús (24, 13-35), que permitieron a estos caminantes, pasar de una situación de desilusión, de oscuridad y desesperanza, al gozo de la resurrección, en su encuentro con Jesús Resucitado. Se utilizan “tres aproximaciones a la Palabra” (Arnold, 2001, p. 2): el análisis narrativo, la lectura teológica del texto, y la aplicación pastoral de dichas claves en el acompañamiento espiritual.

Para desarrollar el objetivo anterior y partiendo de que esta investigación no es exegética, sino bíblico-teológica, se hace en el primer capítulo, el estudio del relato aplicando el análisis narrativo, al cual se asocia la reflexión teológica buscando la adhesión a la fe y el testimonio desde la Sagrada Escritura, traducidos en una hermenéutica práctica y pastoral. Este método facilita el paso, a menudo difícil, del sentido del texto en su contexto, al alcance del texto para el lector de hoy (Pontificia Comisión Bíblica [PCB], 2002, p. 30).

Desde este análisis se detectan diferentes cambios tanto en el relato de estudio, como en los textos anterior y posterior al mismo, en cuanto a tiempo, lugar, personajes y tema. Elementos que permiten reconocer su delimitación y unidad. Posteriormente la división del texto en cinco etapas ofrece la posibilidad de descubrir las distintas situaciones por las que pasaron los personajes y la transformación interna que experimentaron los discípulos de Emaús desde su salida de Jerusalén hasta su regreso a esta misma ciudad. Las distintas escenas de la perícopa que

muestran las acciones de los personajes, sus diálogos, su caracterización y la trama, permiten conocerla mejor y profundizar más en su sentido teológico de cara a la aplicación pastoral.

En el segundo capítulo se presenta una lectura teológica del relato de Emaús partiendo de la metáfora del camino. Esta alegoría se destaca desde el Antiguo Testamento, porque no sólo es expresión de la actividad física de desplazarse de un lugar a otro (sentido literal), sino también y mucho más, del avanzar espiritual de las personas (sentido figurado). Así los patriarcas primero, peregrinaron por fe hacia la tierra prometida, y luego el pueblo de Israel guiado por Moisés peregrinó también hacia la misma meta (Heb 11, 8-9. 27). Ellos al encontrarse con Yahvéh, descubrieron que Él es el único Dios, quien al revelarse en su historia se hizo compañero de camino, liberador y salvador.

Lucas al tomar la imagen del camino en el Nuevo Testamento, también le da un sentido teológico. El camino de Galilea a Jerusalén que presenta en su evangelio, señala en sentido metafórico la vida y la misión de Jesús en relación con el Padre, y la de los discípulos en relación con el Resucitado. Se refiere a su proceso de fe en seguimiento de Él.

Los discípulos por su falta de fe y de esperanza, se desviaron del camino que Jesús les había trazado. Pero invitados por él a retomarlo siguieron sus pasos, y en su compañía se fueron transformando internamente, así experimentaron el gozo, la fe y la esperanza en su viaje existencial. Es decir que se comprometieron con las exigencias propias del seguimiento, dando testimonio de lo que habían vivido.

Al igual que en la senda geográfica, en la espiritual, estos viajeros descubrieron circunstancias que determinaron su peregrinaje. En el caso del relato, los discípulos encontraron un guía que les transformó completamente sus vidas. Al final del camino tuvieron la posibilidad de tomar una decisión fundamental, invitar al tercer caminante a quedarse con ellos.



En el tercer capítulo se trata de ofrecer unas claves de acompañamiento espiritual desde el relato de Emaús, con el fin de iluminar el proceso de fe vivido por jóvenes que estén atravesando situaciones críticas en su vida y necesiten de este apoyo. Los discípulos de Emaús, personifican la situación de sinsentido y desesperanza que viven muchos jóvenes actualmente por diferentes circunstancias. Por esta razón necesitan un acompañamiento espiritual que les ayude a orientar su vida, como lo hizo Jesús con aquellos discípulos. La realización del trabajo permitió desentrañar algunas claves del relato, para ofrecer ese acompañamiento espiritual, a estos jóvenes desde la pastoral de la Compañía de María.

Las Sagradas Escrituras son una fuente que no se agota, de esta manera queda la misión de seguir profundizando en ellas desde la reflexión teológica, como “actividad eclesial que tiene por naturaleza un compromiso ineludible con la búsqueda de la verdad y del sentido que quiere encontrar todo ser humano, para vivir su vida y para realizar la historia” (Ramírez, 2013, pp. 11-12).

## 1. UN RELATO EN CINCO ETAPAS

El conocimiento y la experiencia de Jesús pertenecen a una larga tradición oral. Con el correr del tiempo y el peligro de que se deformaran o perdieran estas memorias, las primeras comunidades confiaron el ministerio de ponerlos por escrito a los evangelistas, uno de los cuales fue Lucas, quien pertenece a referentes culturales diferentes de los otros. Las Escrituras recogieron a través de su viaje por el tiempo, la vivencia del pueblo de Israel y de la Iglesia naciente, y de ello son testimonio los cuatro evangelios canónicos.

El evangelista Lucas, “después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes” (1,3), decidió escribir su doble obra: el evangelio que lleva su nombre y los Hechos de los Apóstoles (Bovon, 2005, p.29).

Así ha llegado hasta hoy un texto escrito hace muchísimos años, que guarda sin embargo, una vigencia particular como relato ubicado en el contexto del testimonio sobre la Resurrección de Jesús. Se trata del relato de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35).

En el presente capítulo se estudia este relato desde el análisis narrativo, según el cual el texto funciona como un espejo, porque presenta la narración de modo que influya sobre la visión del lector para llevarlo a adoptar unos valores más bien que otros (PCB, 2002, p. 30).

### 1.1. Ubicación del relato en el evangelio de Lucas<sup>1</sup>:

Lucas fue un griego perteneciente a la segunda o a la tercera generación de la Iglesia. Al parecer fue un macedonio, quizá de Filipos, puede deducirse del conocimiento preciso que tiene

---

<sup>1</sup> Esta ubicación se hace teniendo en cuenta especialmente a los autores: Bovon, F. (2005). *El Evangelio según san Lucas. Lc 1, 1-9, 50* (Vol. I, 2 Ed.) (Trad. A. Ortiz García). Salamanca, España: Ediciones Sígueme. Fitzmyer, J. A. (1986). *El Evangelio según Lucas I. Introducción general* (Trad. D. Mínguez). Madrid, España: Ediciones Cristiandad, S.A. Schnackenburg, R. (2009). *La persona de Jesucristo reflejada en los cuatro evangelios* (Trad. C. Ruiz-Garrido.). Barcelona, España: Editorial Herder.

de la región, en especial, de sus instituciones romanas. Su interés se centró más en la difusión del mensaje que en la edificación de las nuevas comunidades (Bovon, 2005, pp. 39-40).

Se deduce de la narración evangélica que Lucas no fue testigo ocular del ministerio de Jesús, sino que dependió de otros que lo fueron directamente. Fue un personaje culto, buen escritor, familiarizado con las tradiciones literarias del Antiguo Testamento y con las técnicas literarias del helenismo. La diferencia con los otros evangelistas consiste en su intención de relacionar la vida de Jesús no sólo con el ambiente y la cultura contemporáneos, sino también con el desarrollo expansivo de la naciente Iglesia cristiana (Fitzmyer, 1986, p. 71).

Lucas escribió su narración evangélica para un público en su mayoría de origen pagano. Esta concepción está basada en tres razones básicamente: 1) En la intención de relacionar su exposición del fenómeno Cristo y su continuación en la Iglesia con las tradiciones literarias del mundo grecorromano. 2) La dedicatoria de sus dos volúmenes a un personaje de nombre griego (aunque teóricamente también podría tratarse de un judío). 3) Y, finalmente, su interés por abrir a los paganos la salvación prometida a Israel en el Antiguo Testamento (Fitzmyer, 1986, p.108).

Lucas trazó un cuadro históricamente fiel de Jesús, como lo expresa Schnackenburg (2009), ajustándose a las intenciones de los historiadores griegos y romanos. Su evangelio es una exposición kerigmática de la historia, que comprende por una parte, la actividad de Jesús en el marco de las circunstancias contemporáneas y de la historia universal, y por otra, centra totalmente la atención sobre Jesús y su significación salvífica. El Jesús lucano está encuadrado en la historia de Dios con su pueblo de Israel, que continúa en la historia de la Iglesia de Jesucristo (pp. 200-201).

Se dice de Lucas que a pesar de su gran dependencia de Marcos y del documento Q, presenta un evangelio muy peculiar que le distingue notablemente de los demás. En cuanto al lugar de composición del mismo, la tradición señala tanto a Cesarea como a Alejandría y al sur

de Grecia. Sin embargo, en este aspecto hay mucha conjetura (Alonso Schökel, 2006, p. 1944). Aunque según Bovon (2005), Roma sigue siendo la hipótesis más verosímil del sitio donde Lucas escribió su obra (p. 40). Al parecer, Lucas redactó su doble trabajo por los años 80-90 d. C., es decir, después de la muerte de Pedro, de Pablo y de la caída de Jerusalén (Bovon, 2005, p. 40).

Para la composición de su obra en opinión de Bovon (2005) Lucas dispuso de fuentes escritas, de varios materiales e informaciones. Se apoyó concretamente en las obras de sus predecesores (1,1); las cuales reelaboró e incorporó a su propia composición. Entre las fuentes de Lucas, Bovon destaca tres: Marcos y una colección de logia (Q) que son prioritarias; además menciona una fuente particular llamada S<sup>Lc</sup> (2005, pp. 36-37).

En este sentido Fitzmyer (1986), afirma que hay una opinión unánime entre los exegetas, quienes expresan que “Lucas no sólo tuvo noticia de que existían relatos evangélicos, sino que, de hecho, los utilizó para componer su propia narración sobre la actividad de Jesús” (p. 121).

El mismo Fitzmyer (1986), propone tres fuentes principales de las cuales la fuente particular (original de Lucas), es diferente a la mencionada por Bovon: 1) Marcos “Mc”, 2) fuente “Q” y 3) fuente particular “L” (p. 121). Primero Marcos: Porque “una gran parte del Evangelio según Lucas coincide exactamente con la narración de Marcos (...)” (p.122). Segundo la fuente Q: por la similitud que existe entre unos 230 versículos comunes a Mateo y a Lucas. En este sentido, ‘Q’ constituye una gran parte de la tradición evangélica, que no aparece en Marcos, por lo tanto, se considera a este escrito como la fuente de la “doble tradición” (p. 137). Tercero una fuente particular: Es una tercera fuente que él llama “L” por razones de utilidad. Se trata de la “composición” lucana; es decir, “una actividad creativa del propio narrador, que no tiene por qué depender de fuentes -orales o escritas- y que no se puede reducir a un mero trabajo de redacción o adaptación de materiales preexistentes” (p. 147).

En relación con la obra lucana los autores Bovon, Schnackenburg y Fitzmyer, presentan su opinión sobre ésta. Los tres mencionan a Hans Conzelmann en relación con su libro *El centro del tiempo sobre la teología de Lucas* (1974). Partiendo de sus opiniones, es posible apreciar que los dos primeros autores; Bovon (dos períodos) y Schnackenburg (dos tiempos) están en desacuerdo con el pensamiento de Conzelmann (tres tiempos), en cuanto a la manera como el evangelista concibe la historia de la salvación. En cambio, Fitzmyer (1986), aunque dice: “habrá que introducir algunas modificaciones, pero en conjunto, aún la considero válida” (p. 45), está de acuerdo con el planteamiento hecho por Conzelmann sobre la división tripartita que él presenta del evangelio de Lucas.

En la división que hace Bovon (2005), quien habla de dos períodos: “el tiempo de la promesa y el tiempo del cumplimiento, que se divide a su vez en dos: el tiempo de Jesús y el tiempo de los testigos oculares y el de la generación presente (1,4)” (p. 44), el relato de Emaús se ubicaría en el segundo, es decir, en el tiempo del cumplimiento, pero como éste también se divide en dos, la ubicación más exacta sería en el tiempo de Jesús y el tiempo de los testigos oculares.

Schnackenburg (2009), menciona dos tiempos: el tiempo antes de Cristo y el tiempo del cumplimiento de la salvación que se efectúa en dos fases, en la vida y la actividad de Jesús y en la aparición y florecimiento de la Iglesia (p. 202). Según esta opinión, el relato de Emaús se ubicaría en el segundo tiempo, el cual se refiere al cumplimiento de la salvación, que también comprende dos fases, por lo tanto, la ubicación más precisa sería en la aparición y florecimiento de la Iglesia.

Fitzmyer (1986), está de acuerdo con la división tripartita hecha por Conzelmann (1974) en tres tiempos: el tiempo de Israel, el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia (p. 45). Según este autor, el relato de Emaús se ubicaría en el segundo tiempo, que es el tiempo de Jesús, pero

más concretamente después de la Resurrección y antes de la Ascensión. Al parecer, ésta última es la división más clara y en la cual es posible ubicar mejor el relato de Emaús.

Aunque no se pretende hacer un trabajo exegético, sino más bien bíblico – teológico del relato mencionado, siguiendo el análisis narrativo, se presenta el texto en primer lugar en Griego tomado de: The Greek New Testament (GNT, 27a ed.) (Aland, Black, Martini, Metzger, & Wikgren, 1994) y posteriormente la traducción en Castellano siguiendo la Biblia de Jerusalén (2009)<sup>2</sup>.

## 1.2. El texto en Griego: GNT Luke 24, 13-35:

<sup>13</sup> Καὶ ἰδοὺ δύο ἐξ αὐτῶν ἐν αὐτῇ τῇ ἡμέρᾳ ἦσαν πορευόμενοι εἰς κώμην ἀπέχουσαν σταδίου ἐξήκοντα ἀπὸ Ἱερουσαλήμ, ἣ ὄνομα Ἐμμαοῦς, <sup>14</sup> καὶ αὐτοὶ ὠμίλουν πρὸς ἀλλήλους περὶ πάντων τῶν συμβεβηκότων τούτων.

<sup>15</sup> καὶ ἐγένετο ἐν τῷ ὁμιλεῖν αὐτοῦς καὶ συζητεῖν καὶ αὐτὸς Ἰησοῦς ἐγγίσας συνεπορεύετο αὐτοῖς, <sup>16</sup> οἱ δὲ ὀφθαλμοὶ αὐτῶν ἐκρατοῦντο τοῦ μὴ ἐπιγινῶναι αὐτόν. <sup>17</sup> εἶπεν δὲ πρὸς αὐτούς, Τίνες οἱ λόγοιοῦτοι οὓς ἀντιβάλλετε πρὸς ἀλλήλους περιπατοῦντες; καὶ ἐστάθησαν σκυθρωποί. <sup>18</sup> ἀποκριθεὶς δὲ εἰς ὄνοματι Κλεοπᾶς εἶπεν πρὸς αὐτόν, Σὺ μόνος παροικεῖς Ἱερουσαλήμ καὶ οὐκ ἔγνωσ τὰ γενόμενα ἐν αὐτῇ ἐν ταῖς ἡμέραις ταύταις; <sup>19</sup> καὶ εἶπεν αὐτοῖς, Ποῖα; οἱ δὲ εἶπαν αὐτῷ, Τὰ περὶ Ἰησοῦ τοῦ Ναζαρηνοῦ, ὃς ἐγένετο ἀνὴρ προφήτης δυνατὸς ἐν ἔργῳ καὶ λόγῳ ἐναντίον τοῦ θεοῦ καὶ παντὸς τοῦ λαοῦ, <sup>20</sup> ὅπως τε παρέδωκεν αὐτόν οἱ ἀρχιερεῖς καὶ οἱ ἄρχοντες ἡμῶν εἰς κρίμα θανάτου καὶ ἐσταύρωσαν αὐτόν. <sup>21</sup> ἡμεῖς δὲ ἠλπίζομεν ὅτι αὐτός ἐστιν ὁ μέλλων λυτρωθῆναι τὸν Ἰσραήλ· ἀλλὰ γε καὶ σὺν πᾶσιν τούτοις τρίτην αὐτῆν ἡμέραν ἄγει ἀφ' οὗ ταῦτα ἐγένετο. <sup>22</sup> ἀλλὰ καὶ γυναῖκές τινες ἐξ

<sup>2</sup> Esta es la traducción básica utilizada en la presente investigación, a menos que se indique lo contrario.

ἡμῶν ἐξέστησαν ἡμᾶς· γενόμενοι ὀρθρινὰ ἐπὶ τὸ μνημεῖον,<sup>23</sup> καὶ μὴ εὐροῦσαι τὸ σῶμα αὐτοῦ ἦλθον λέγουσαι καὶ ὀπτασίαν ἀγγέλων ἑώρακέναι, οἱ λέγουσιν αὐτὸν ζῆν.<sup>24</sup> καὶ ἀπηλθόντινες τῶν συνήμῳ ἐπὶ τὸ μνημεῖον καὶ εἶρον οὕτως καθὼς καὶ αἱ γυναῖκες εἶπον, αὐτὸν δὲ οὐκ εἶδον.

<sup>25</sup> καὶ αὐτὸς εἶπεν πρὸς αὐτούς, Ὡ ἀνόητοι καὶ βραδεῖς τῇ καρδίᾳ τοῦ πιστεύειν ἐπὶ πᾶσιν οἷς ἐλάλησαν οἱ προφῆται·<sup>26</sup> οὐχὶ ταῦτα ἔδειπαθεῖν τὸν Χριστὸν καὶ εἰσελθεῖν εἰς τὴν δόξαν αὐτοῦ;<sup>27</sup> καὶ ἀρξάμενος ἀπὸ Μωϋσέως καὶ ἀπὸ πάντων τῶν προφητῶν διερμήνευσεν αὐτοῖς ἐν πάσαις ταῖς γραφαῖς τὰ περὶ ἑαυτοῦ.<sup>28</sup> Καὶ ἤγγισαν εἰς τὴν κώμην οὗ ἐπορεύοντο, καὶ αὐτὸς προσεποιήσατο πορρωτέρου πορεύεσθαι.<sup>29</sup> καὶ παρεβιάσατο αὐτὸν λέγοντες, Μείνον μεθ' ἡμῶν, ὅτι πρὸς ἐσπέραν ἐστὶν καὶ κέκλικεν ἡ ἡμέρα. καὶ εἰσῆλθεν τοῦ μείναισὺν αὐτοῖς.<sup>30</sup> καὶ ἐγένετο ἐν τῷ κατακλιθῆναι αὐτὸν μετ' αὐτῶν λαβῶν τὸν ἄρτον ἐλόγησεν καὶ κλάσας ἐπέδιδου αὐτοῖς·<sup>31</sup> αὐτῶν δὲ διηνοίχθησαν οἱ ὀφθαλμοὶ καὶ ἐπέγνωσαν αὐτόν· καὶ αὐτὸς ἄφαντος ἐγένετο ἀπ' αὐτῶν.

<sup>32</sup> καὶ εἶπαν πρὸς ἀλλήλους, Οὐχὶ ἡ καρδιά ἡμῶν καιομένη ἦν [ἐν ἡμῶν] ὡς ἐλάλει ἡμῶν ἐν τῇ ὁδῷ, ὡς διήνοιγεν ἡμῶν τὰς γραφάς;

<sup>33</sup> καὶ ἀναστάντες αὐτῇ τῇ ὥρᾳ ὑπέστρεψαν εἰς Ἱερουσαλὴμ καὶ εἶρον ἡθροισμένους τοὺς ἑνδεκα καὶ τοὺς σὺν αὐτοῖς,<sup>34</sup> λέγοντας ὅτι ὄντως ἠγέρθη ὁ κύριος καὶ ὤφθη Σίμωνι.<sup>35</sup> καὶ αὐτοὶ ἐξηγοῦντο τὰ ἐν τῇ ὁδῷ καὶ ὡς ἐγνώσθη αὐτοῖς ἐν τῇ κλάσει τοῦ ἄρτου

### 1.3. El texto en Castellano: traducción según la Biblia de Jerusalén (2009) (Lc 24, 13-35).

<sup>13</sup> Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que dista sesenta estadios de Jerusalén, <sup>14</sup> y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado.

<sup>15</sup> Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó a ellos y se puso a caminar a su lado.<sup>16</sup> Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle.<sup>17</sup> Él les preguntó: “¿De qué vais discutiendo por el camino?” Ellos se pararon con aire entristecido.<sup>18</sup> Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días?”<sup>19</sup> Él les dijo: “¿Qué ha ocurrido?” Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazoreo, un profeta poderoso en obras y palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo: <sup>20</sup> cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron.<sup>21</sup> Nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que eso pasó.<sup>22</sup> El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro <sup>23</sup> y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles que decían que estaba vivo.<sup>24</sup> Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron.”

<sup>25</sup> Él les dijo: “¡Qué poco perspicaces sois y qué mente más tarda tenéis para creer todo lo que dijeron los profetas! <sup>26</sup> ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?” <sup>27</sup> Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les fue explicando lo que decían de él todas las Escrituras.<sup>28</sup> Al



acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante.<sup>29</sup> Pero ellos le rogaron insistentemente: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.” Entró, pues, y se quedó con ellos.<sup>30</sup> Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.<sup>31</sup> Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista.

<sup>32</sup> Se dijeron uno a otro: “¿No ardía nuestro corazón en nuestro interior cuando nos hablaba en el camino y nos iba explicando las Escrituras?”

<sup>33</sup> Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos,<sup>34</sup> que decían: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!”<sup>35</sup> Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

#### **1.4. Análisis narrativo del relato<sup>3</sup>:**

**1.4.1. Primera aproximación.** Se puede apreciar que el relato de Emaús es bastante largo, pues está construido por veintitrés (23) versículos a través de los cuales, el narrador cuenta la penúltima aparición de Jesús a sus discípulos. El contexto es el capítulo 24, último del evangelio de Lucas. En él parece resumir todo el mensaje del sentido del sufrimiento y la muerte de Jesús, que ha provocado en los dos discípulos el deseo de alejarse de Jerusalén.

El relato habla de personajes y de acciones. Muestra la dificultad de los discípulos para reconocer a Jesús. Éste se convierte en un obstáculo que el narrador presenta, con el fin de mantener el suspenso del lector durante la travesía por el camino, hasta cuando se sentaron a la

---

<sup>3</sup> Se realiza el análisis narrativo siguiendo esencialmente la propuesta de Marguerat & Bourquin (2000, pp. 51-249). Para este tipo de análisis también se pueden consultar otras fuentes como: Egger, W. (1990). *Lecturas del Nuevo Testamento...*, pp. 152- 154; Weren, W. (2003). *Métodos de exégesis de los evangelios*, pp. 72-107. Burgués, J. (2013). Una práctica de análisis narrativo. *Rev. Analecta Calasanciana*. Vol. LXXIV, No. 109, pp. 133-145. Gaitán, T. (2004). El día que Eliseo recogió el manto de Elías. *Rev. Cuestiones Teológicas*. Vol. 31, No. 75, pp. 161- 185. Gaitán, T. (2006). *Métodos de interpretación de la Biblia*. *Rev. Cuestiones Teológicas*, Vol. 33, No. 79, pp. 147- 162. Marguerat, Wénin & Escaffre. (2005). *En torno a los relatos bíblicos*, pp. 14- 17.

mesa. Allí ocurrió algo sorprendente; Jesús desapareció, y los discípulos retomaron entonces el camino de regreso a Jerusalén.

- Los versículos 13 y 33 hacen referencia al tiempo y al lugar. Señalan también la partida y el regreso de los dos discípulos.

- En el versículo 15 aparecen los personajes protagonistas del relato: Jesús y los dos discípulos.

- El versículo 16 muestra la dificultad de los discípulos para reconocer a Jesús y en el 31 desaparece el problema, porque ellos lo reconocieron.

- Los versículos 16, 31 y 35 presentan el verbo “reconocer” que es clave en el relato.

- En los versículos 22 y 23 se habla de la aparición de los ángeles a las mujeres, mencionada por los dos discípulos refiriendo que Jesús estaba vivo.

- Los versículos 15 y 31 expresan la aparición y desaparición de Jesús en el relato.

La narración está muy bien elaborada, es amenay el narrador, externo a la historia que cuenta y ausente de ella, utiliza la imagen del camino para poner en movimiento a los personajes y desarrollar la trama. Este símbolo es muy importante, pues ocupa un espacio considerable en el evangelio de Lucas, con él parece indicar algo más allá de un viaje geográfico de Jesús y sus discípulos hacia Jerusalén (9,51- 19,28).

Los personajes se convierten a la vez, en narradores secundarios que también cuentan una historia. En el texto, Jesús es el que menos habla, pero lo que expresa, y en especial su presencia y sus acciones, son claves para que los discípulos lo reconozcan, estas son la fuerza del relato.

**1.4.2. Límites y unidad del texto.** El texto está delimitado por circunstancias de tiempo, lugar, personajes y tema. En relación con el tiempo, el relato inicia en Lc 24, 13: “Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús”, es decir, cuando los discípulos abandonaron

Jerusalén tres días después de la crucifixión y muerte de Jesús(Lc 24, 21b), y termina en Lc 24,33-35: “Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén (...), antes de la aparición a todo el grupo reunido en Jerusalén(Lc 24, 36) que al parecer se llevó a cabo el mismo día.

Los lugares son Jerusalén, el camino y Emaús. Los dos discípulos salieron de Jerusalén y allí volvieron. Transitaron el camino, primero solos y luego acompañados por Jesús Resucitado: “(...) el mismo Jesús se acercó a ellos y se puso a caminar a su lado. Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle” (vv. 15b-16). En Emaús, los personajes compartieron el pan: “Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista” (v. 31).

En cuanto a los personajes, los principales en el relato son Jesús y los dos discípulos. Pero también al final del mismo hay un grupo reunido:“(…), los Once y los que estaban con ellos” (Lc 24,33),con el cual hay intercambio de información, se refieren a la Resurrección de Jesús.

El tema del que hablaban los discípulos por el camino era sobre “(…), todo lo que había pasado” (Lc 24, 14) con Jesús en Jerusalén, su crucifixión y su muerte. Luego Él retomó el tema, pero le dio un sentido diferente enfocándolo hacia la Resurrección. Es el tema que comentaban después todos al final del relato, cuando ya estaban reunidos en Jerusalén.

Este relato se divide en cinco cuadros que se articulan entre sí teniendo en cuenta el movimiento de los personajes. La progresión narrativa se observa por el avance de ellos en el camino de Jerusalén hacia Emaús y viceversa.

- Los dos discípulos salieron de Jerusalén hacia Emaús (vv. 13-14)
- Jesús se acercó por el mismo camino y siguió con ellos (vv. 15-27)
- Jesús hizo ademán de seguir adelante (vv. 28-29)
- Los tres se sentaron a la mesa (vv. 30-32)
- Los discípulos se volvieron a Jerusalén (vv. 33-35)

Antes de que los dos discípulos salieran de Jerusalén hacia Emaús, el narrador cuenta que “el primer día de la semana (...)” (Lc 24, 1), unas mujeres fueron al sepulcro y luego regresaron a anunciar la resurrección de Jesús, pero “(...), los Once y todos los demás” (Lc 24, 9) no les creyeron. Y después del relato, cuando los discípulos regresaron a Jerusalén, a contar lo que les había sucedido por el camino, el grupo reunido estaba hablando de la resurrección de Jesús. En este contexto Él se apareció nuevamente a todo el grupo. Sin embargo, ellos no acababan de creer y estaban asombrados (Lc 24, 41).

Son tres escenas diferentes conformadas por tres micro-relatos: el anterior (Lc 24, 1-12), el central (Lc 24, 13-35) y el posterior (Lc 24, 36 -49). Cuentan los hechos sucedidos después de la resurrección de Jesús. Esa acción recae con más fuerza en el relato central, allí aparecen los discípulos camino a Emaús comentando lo sucedido. A estos caminantes se les unió después, en el mismo camino, Jesús Resucitado, y durante todo el trayecto ellos iban conversando sobre lo sucedido en Jerusalén en torno a Él.

**1.4.3. La trama.** “La trama es el principal unificador del relato, su hilo conductor; permite organizar en un guión coherente las etapas de la historia contada” (Marguerat & Bourquin, 2000, p.68).

Este relato refiere la situación de dos caminantes que se alejaron de Jerusalén en dirección al pueblo de Emaús. Por el camino iban conversando y discutiendo sobre los hechos ocurridos en esa ciudad. Entonces un desconocido se les acercó y siguió caminando con ellos. Este caminante intervino en la conversación haciéndoles preguntas y escuchándolos. Así se enteró del tema que llevaban, luego les hizo un reproche sobre su dureza de corazón, les explicó las Escrituras, partió con ellos el pan y desapareció. Ellos por su parte comprendieron que era Jesús quien se les había aparecido, y volvieron a toda prisa a Jerusalén para contar lo que les había sucedido.

Para comprender mejor el relato de Emaús, se hace la división en cinco etapas, utilizando el esquema quinario del modelo estructural presentado por Marguerat & Bourquin (2000, pp. 71-75)<sup>4</sup>. Estas cinco *etapas* o *momentos* son términos que los autores usan como sinónimos: 1) la situación inicial, 2) el nudo, 3) la acción transformadora, 4) el desenlace y 5) la situación final.

**La situación inicial o exposición** proporciona los elementos necesarios para comprender la situación que el relato va a modificar. Aquí se precisa el quién, el qué y el cómo (a veces). **El nudo** es el que introduce la tensión narrativa, se trata de una dificultad, de un conflicto, de una traba que complica la situación inicial.

**La acción transformadora** busca la eliminación de la dificultad anunciada por el relato, es el resultado de la búsqueda, que cambia la situación inicial. **Desenlace o resoluciones** la etapa simétrica del nudo. Enuncia la resolución del problema anunciado. Es la supresión de la tensión mediante la aplicación de la acción transformadora al sujeto.

**Situación final** corresponde a la inversión de la situación inicial por el retorno a la normalidad mediante la supresión de la carencia (Marguerat & Bourquin, 2000, pp. 72-73).

---

<sup>4</sup>En el análisis narrativo existen varios modelos que ayudan a descubrir la riqueza de un relato, comprenderlo mejor y aplicarlo a la vida diaria y en el trabajo pastoral. Algunos de estos se relacionan a continuación. Los autores Ska, Sonnet & Wénin (2001) lo presentan como “los momentos de la intriga” (p. 24) y son cuatro: la exposición, la complicación, el desenlace y el epílogo (pp. 24-27). Siguiendo un esquema similar, Gaitán (2004) utiliza la expresión “momentos narrativos” en la aplicación del análisis narrativo y utiliza la palabra “argumento” (p. 171), que otros autores llaman “intriga” o “trama” para referirse al relato en sí. Estos momentos son cinco: exposición, complicación, solución, epílogo y conclusión. (pp. 171-172). Otros autores presentan “el esquema narrativo” (Giroud & Panier, 1988), que según ellos comprende cuatro fases: “la manipulación, la competencia, la performance y la sanción” (pp. 50-51). Este mismo esquema con dos fases o etapas más; “situación inicial” y “situación final” respectivamente, es utilizado por Burgués (2013, pp. 137-138), quien se fundamenta en la propuesta de Greimas a la cual llama “análisis estructural” (p. 137). Basándose también en Greimas, los autores Marguerat y Bourquin (2000, pp. 80-84) presentan el bosquejo utilizado por Burgués al que llaman “programa narrativo semiótico” (p. 83). La narrativa también comprende el “modelo ternario” y el “esquema quinario” (Marguerat, Wénin & Escaffre, 2005, p. 15). El primero comprende tres momentos: I. Nudo, II. Cambio y III. Desenlace; o también: I. Compilación, II. Cima (Clímax) y III: Resolución. El segundo es el esquema quinario que se escogió en esta investigación, para dividir el relato de Emaús en cinco etapas.

**1.4.3.1. Primera etapa: La situación inicial.** <sup>13</sup> Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que dista sesenta estadios de Jerusalén, <sup>14</sup> y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado” (Lc 24, 13-14).

La situación inicial muestra circunstancias del relato en cuanto al tiempo (tres días después de la muerte de Jesús), los personajes (dos discípulos), el lugar (Jerusalén, el camino y Emaús), las acciones (iban caminando y conversando). Se alejaron del grupo reunido en Jerusalén.

**1.4.3.2. Segunda etapa: El nudo.**

<sup>15</sup> Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se **acercó** a ellos y se puso a **caminar** a su lado. <sup>16</sup> Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle”

<sup>17</sup> Él les **preguntó**: “¿De qué vais discutiendo por el camino?” Ellos se pararon con aire entristecido. <sup>18</sup> Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días?” <sup>19</sup> Él les dijo: “¿Qué ha ocurrido?” Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazoreo, un profeta poderoso en obras y palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo: <sup>20</sup> cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron. <sup>21</sup> Nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que eso pasó. <sup>22</sup> El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro <sup>23</sup> y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles que decían que estaba vivo. <sup>24</sup> Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron. (Lc 24, 15-24)

El relato se complica, pues los dos caminantes no sólo iban conversando, sino también discutiendo y la tensión dramática aumenta cuando Jesús se acercó y no lo reconocieron, porque tenían los ojos “incapacitados” para hacerlo; además, al preguntarles Jesús sobre el motivo de su discusión y lo que había ocurrido (hacía ya tres días), ellos mostraron su tristeza y su desesperanza, pues no creyeron lo que anunciaron las mujeres diciendo que estaba vivo.

#### *1.4.3.3.Tercera etapa: La acción transformadora.*

<sup>25</sup> Él les dijo: “¡Qué poco perspicaces sois y qué mente más tarda tenéis para creer todo lo que dijeron los profetas! <sup>26</sup> ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?” <sup>27</sup> Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les fue **explicando** lo que decían de él todas **las Escrituras**.<sup>28</sup> Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. <sup>29</sup> Pero ellos le rogaron insistentemente: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.”<sup>30</sup> Sentado a la mesa con ellos, **tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando**. <sup>31</sup> Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él **desapareció** de su vista”.(Lc 24, 25-31)

Jesús Resucitado, confrontó a los discípulos sobre su falta de fe (Lc 24, 25), de modo que ocurrió un cambio en ellos, se deduce porque lo expresaron después (Lc 24,32). Ellos escucharon a Jesús, quien les explicó las Escrituras” (Lc24, 27), pero más que la escucha de un discurso es la presencia viva de Jesús como Palabra de Dios (Jn 1,1.14; Heb 1, 2), la que los transformó preparándolos para que posteriormente fueran capaces de reconocerlo “al partir el pan” (Lc24, 35).

**1.4.3.4. Cuarta etapa: El desenlace.** <sup>32</sup> Se dijeron uno a otro: “¿No ardía nuestro corazón en nuestro interior cuando nos hablaba en el camino y nos iba explicando las Escrituras?” (Lc 24, 32).

Los dos caminantes después de haber experimentado la solución a su dificultad, tomaron conciencia de lo que les había pasado en el camino, sintieron los efectos de su transformación interna expresada en el corazón que “ardía”. Los ojos abiertos y la desaparición de la tristeza y la desesperanza, manifiestan la superación de la incapacidad para reconocer a Jesús, expresada en el nudo.

**1.4.3.5. Quinta etapa: La situación final.**

<sup>33</sup>Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, <sup>34</sup> que decían: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!”<sup>35</sup> Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. (Lc 24, 33-35)

Los dos que “iban” (Lc 24,13) hacia Emaús en la primera etapa del relato, en esta última, “volvieron a Jerusalén” (Lc 24,33) el mismo día que habían partido y lo dos como al principio, pero esta vez con la fuerza del Resucitado. La situación final en la cual ya no existe la dificultad, se contrapone a la situación inicial.

El esquema anterior permite apreciar cómo el narrador a través de la trama desarrollada, muestra lo que les sucedió a estos discípulos a lo largo del camino en el encuentro personal con Jesús Resucitado.

Teniendo en cuenta la importancia de la trama en un relato, es conveniente distinguir “una trama episódica (micro-relato) de una trama unificadora (secuencia o macro-relato)” (Marguerat & Bourquin, 2000, p. 90).



La trama del relato de Emaús es episódica, por cuanto está inserta en una secuencia narrativa que corresponde al capítulo 24 del evangelio de Lucas. Allí hay un micro-relato antes y otro después, reunidos por la trama unificadora del mencionado capítulo sobre la resurrección de Jesús.

La trama episódica Lc 24, 13-35 es además una trama de revelación, porque “culmina en la obtención de conocimiento (...), por parte de un personaje de la historia contada” (Marguerat & Bourquin, 2000, pp. 91-92). En este caso de dos personajes, los discípulos de Emaús, a quienes Jesús les dijo que tenían una mente tarda “(...), para creer todo lo que dijeron los profetas” (Lc 24, 25) sobre Él. La dificultad consistía en que ellos no lo reconocieron (Lc 24, 16), entonces Jesús los fue llevando gradualmente de su estado de falta de fe, representado en los ojos incapacitados, a la apertura de los mismos (Lc 24, 31). Este efecto se deduce porque luego comentaban entre sí que les ardía el corazón cuando Jesús les hablaba en el camino y les explicaba las Escrituras (Lc 24, 32). Jesús se les reveló como el Resucitado.

Para llegar a esta toma de conciencia tuvieron que hacer un largo recorrido **acompañados** por Jesús, porque no les bastó que Él se **acercara**, que **caminara** con ellos (Lc 24, 15), verlo, intercambiar **preguntas** y respuestas (Lc 24, 17-19), escucharlo cuando les **explicó las Escrituras** (Lc 24, 27), aunque todo esto fue necesario en el proceso del camino. Faltaba sentarse a la mesa y **partir el pan** (Lc 24, 30), para finalmente sentir en su corazón que Jesús al **desaparecer**<sup>5</sup> (Lc 24, 31), se quedaba con ellos de una manera diferente.

Esa fue la clave para que lo reconocieran finalmente, y creyeran en lo que decían de Él “todas las Escrituras” (Lc 24, 27), también para creer en lo que ya les habían contado las mujeres (Lc 24, 22-23) y que confirmaron, “(...), los Once y los que estaban con ellos” (Lc 24, 33), por

---

<sup>5</sup> Las palabras que aparecen en negrilla se tomarán en el capítulo tres, como claves de acompañamiento espiritual para los jóvenes.

medio de Simón cuando dijo: “el Señor ha resucitado” (Lc 24, 34). El relato refiere dos veces la acción de sentarse a la mesa. Primero como acción dentro del texto, cuando los dos discípulos estaban con Jesús y lo reconocieron (Lc 24, 30), y luego como memoria, cuando ellos contaron lo sucedido y expresaron que lo reconocieron “(...), al partir el pan” (Lc 24, 35).

**1.4.4. Los personajes.** “Los personajes son el rostro visible de la trama (...) sin ellos, (...) ésta queda reducida al estado de esqueleto” (Marguerat & Bourquin, 2000, p. 96). En el relato de Emaús son tres esencialmente los personajes que intervienen. Su función según el narrador es llevar un mensaje al lector. Además, aparece un grupo al final del texto, al que los discípulos narraron lo que les había sucedido en el camino.

**1.4.4.1. Los dos discípulos.** Son “personajes redondos (...) porque presentan varios rasgos (...) y asumen un papel de protagonistas en el relato” (Marguerat & Bourquin, 2000, pp. 99-101). Interactúan a lo largo del texto, siempre conversan, están juntos y en movimiento constante. Solamente en un versículo habla uno de ellos, a quien el narrador le dio el nombre de Cleofás (Lc 24, 18). Interviene para preguntar. Ellos detienen su marcha para compartir la mesa con Jesús (Lc 24, 30-32), luego la continuaron para retornar a Jerusalén. En el texto aparecen nombrados ocho veces como “ellos” (vv. 13. 15. 17-18. 19. 29-30. 35), es decir, que al parecer formaban parte de “todos los demás” (Lc 24, 9) que estaban con “los Once”.

Al comienzo del relato presentaron una incapacidad por la que no pudieron reconocer a Jesús cuando se les acercó (v. 16), pero al final quedó superada cuando “(...), se les abrieron los ojos” (v. 31). Quizá la dificultad de los dos caminantes para reconocerlo, estaba en sintonía con la dureza de su corazón, con su forma de ver lo que había ocurrido en Jerusalén, con su fe vacilante en la obra de Dios con el pueblo de Israel, y en su Hijo Jesús resucitado por la fuerza del Espíritu Santo. Tal vez este no saber, no reconocer, esté en concordancia con lo expresado por Juan en

relación con los discípulos, cuando Jesús se les apareció junto al mar de Tiberíades, ellos no lo reconocieron (Jn 21, 1.4), o también con María Magdalena que no lo reconoció (Jn 20, 14).

**1.4.4.2. Jesús.** Él también es un personaje redondo<sup>6</sup>, “(...) es el héroe que viene como salvador” (Marguerat & Bourquin, 2000, pp.98-99). Desde que aparece tiene nombre, de modo que el lector sabe de inmediato quien es el tercer caminante.

Es llamado Jesús dos veces; en la primera solamente con este nombre y por el narrador (v. 15), en la segunda los discípulos le dicen además “el Nazoreo” (v. 19). También ellos lo consideraron un “profeta” (v. 19) y “liberador de Israel” (v. 21). El mismo Jesús se denominó “el Cristo” (v.26). Finalmente “(...), los *Once* y los que estaban con ellos” (v. 33), le llamaron “el Señor” (v. 34).

Jesús se **acercó** a los discípulos y **caminó** con ellos (Lc 24, 15). Mediante sus **preguntas** entró en la conversación que llevaban y simuló no saber lo que había pasado: “¿de qué vais discutiendo?” (v. 17) y “¿qué ha ocurrido?” (v. 19). Según el texto habló menos que los discípulos, porque el narrador no da a conocer al lector lo que les **explicó** de las Escrituras (v. 27), tal vez porque el anuncio, es la persona misma de Jesús vivo. Este hecho y el **compartir** la mesa, fueron esenciales para el reconocimiento (v. 31), porque Él se les reveló como el Resucitado. Los acompañó en la travesía (vv. 15-30) y en la mesa (vv. 30-31a), luego **desapareció** (v. 31b).

**1.4.4.3. Los Once y los que estaban con ellos.** Son una figura colectiva y plana en el relato, poseen un solo rasgo (Marguerat & Bourquin, 2000, pp. 98-99). Ellos aparecen solamente al final del texto, reunidos en Jerusalén y diciendo: “el Señor ha resucitado y se ha aparecido a

---

<sup>6</sup> Personaje redondo según Marguerat & Bourquin (2000), es la figura construida con varios rasgos y que asume frecuentemente un papel protagónico en el relato.

Simón” (Lc 24, 33-34). Este es el grupo al cual los discípulos le cuentan lo que les ha sucedido en el camino.

• **Movimientos que reflejan situaciones internas**

Los personajes se mueven constantemente en el relato y a lo largo del **camino**, y este movimiento progresivo refleja su situación interna, vivida concretamente por los dos discípulos. Estos al comienzo iban solos, luego acompañados por Jesús en la travesía y en la mesa, y finalmente regresaron solos, pero transformados por su encuentro personal con el Resucitado.

**-Iban solos** (Lc 24, 13-14). Este primer movimiento muestra a dos discípulos en una actitud de alejamiento de Jerusalén. Aquí el autor no expresa qué sentimientos experimentaron al alejarse de la ciudad. Iban dos, en contraste con las mujeres que “fueron al sepulcro”, y que eran varias (Lc 24, 1.10).

En otros textos también Lucas presenta a los personajes de manera similar, como es el caso de los “setenta y dos” (10, 1), a los cuales el Señor los envió “de dos en dos”. Cuando se acercaba a Jerusalén “envió a dos de sus discípulos” (19, 29) a buscar un pollino para entrar montado en él (v. 30). Los que anunciaron a las mujeres la resurrección de Jesús fueron “dos hombres con vestidos resplandecientes” (Lc 24, 4). Lucas narra que Jesús los enviaba de dos en dos, quizá en el mismo sentido que lo expresa Juan refiriéndose al testimonio de Jesús apoyado en el Padre, y la Ley reconocía “la validez del testimonio de dos personas” (Jn 8, 17).

**-Se acercó un caminante y siguió con ellos** (Lc 24, 15-29). En el mismo camino por el que se alejaron los dos discípulos apareció Jesús y siguió con ellos. El texto en su progresión narrativa muestra la situación interna de los dos personajes. Ellos le contaron lo sucedido, y así el lector se entera de los sentimientos de los discípulos: iban tristes (v. 17) por lo que había pasado con Jesús en Jerusalén (v. 18). El hecho de detenerse en este caso, implica simbólicamente un

estancamiento, una crisis en la vida de los discípulos que se traduce en sentimientos de tristeza. Por esta causa no pueden avanzar en el camino de su existencia, este sentimiento les impide ver más allá, con los ojos de la fe. Tanto solos al comienzo como **acompañados** después, iban afligidos por los hechos ocurridos pues no sabían quién caminaba con ellos, incluso interrumpieron su marcha (v.17) para interrogar a Jesús. Más adelante (v. 28), el narrador pone nuevamente en movimiento a los personajes, para decir que se acercaban al pueblo al cual finalmente entraron los tres (v.29).

**-Sentados a la mesa** (Lc 24, 30-32). El relato presenta a los tres personajes sentados a la mesa (v. 30). Allí Jesús realizó cuatro acciones fundamentales: *tomar, bendecir, partir y darel pan*. De esta manera se reveló a los dos discípulos y ellos “lo reconocieron” (v. 31). Esta acción se hizo manifiesta por la apertura de sus ojos, entonces **desapareció**, y los discípulos expresaron su situación interna contraria a la que tenían al comienzo: su corazón ardía. (v.32).

**-Regresaron solos** (Lc 24, 33-35). Los dos discípulos realizaron un movimiento de retorno a Jerusalén, y lo hicieron aprisa, porque el texto expresa que se levantaron al momento (v.33). Esta prontitud para regresar muestra su estado interno de gozo, sentimiento contrario a la tristeza que los embargaba cuando se alejaron de la ciudad. Se volvieron solos, pero llevando en sus vidas la presencia del Resucitado. Iban los dos no sólo a contar, sino también a mostrar con su testimonio de vida, la experiencia que los transformó.

#### • **Diálogos entre los personajes**

A lo largo del relato, Lucas presenta tres diálogos entre los personajes. A través de éstos se desarrolla la trama del mismo. De los dos primeros diálogos protagonizados por los discípulos, el primero es corto y es una combinación de conversación y discusión (vv. 14-15a), e interviene el narrador para contar lo que ellos hacían. El segundo es el más largo de todo el relato (vv.19b –

24), allí aparecen los discípulos como narradores secundarios contándole a Jesús lo ocurrido en Jerusalén. En el tercer diálogo interviene Jesús como narrador secundario, y habla sólo por espacio de dos versículos (25 – 26), porque en el último vuelve a intervenir el narrador refiriéndose a lo que Jesús les respondió a los discípulos (27).

**Primer diálogo:** los dos discípulos decidieron abandonar Jerusalén y al hacerlo iban conversando y discutiendo por el camino (Lc 24, 14-15). El narrador presenta aquí un diálogo corto entre los dos personajes. Jesús interrumpe (Lc 24, 17) para preguntarles sobre el tema de la conversación. Iban discutiendo sobre lo que había sucedido en la ciudad, quizá al igual que Pablo, Bernabéy “algunos de ellos” (Hech 15, 2.7), tenían un asunto pendiente por aclarar. En esta parte del texto, el autor se refiere a lo que ya había expresado en el capítulo anterior (23), sobre la Pasión de Jesús. Sucesos que están relacionados también en el relato sobre la condena, la muerte y la crucifixión de Jesús en Lc 24, 19-24. Ellos iban discutiendo estos hechos “todo lo que había pasado” (v. 14), por lo tanto, el tema de su discusión giraba en torno al sufrimiento, la cruz y la muerte de Jesús.

**Segundo diálogo:** con las **preguntas** del Resucitado (vv. 17. 19), los dos discípulos desarrollaron el tema de su conversación recordando lo sucedido con Él en Jerusalén. Los discípulos tienen un espacio largo dentro del relato, para contar lo ocurrido a su **compañero** de camino (vv. 19b- 24). Son seis versículos en los que hablan de lo acontecido dejando conocer su desilusión, desesperanza, tristeza y expectativa frente a lo sucedido. Hasta aquí en el texto, tanto cuando iban solos como al unírseles Jesús, los discípulos son los que más hablan, quizá porque el autor recoge así el sentir de las comunidades de su tiempo frente a la muerte y resurrección de Jesús, y busca animarlas, sacudirlas y hacerlas reaccionar con el anuncio corto y contundente que pone luego en boca de Jesús.

**Tercer diálogo:** en los (vv. 25-26) Jesús tomó la palabra para amonestar a los discípulos. Les echó en cara su falta de fe en lo que habían anunciado los profetas sobre Él (v. 25). De allí en adelante, ya no hay conversación larga, ni discusión, sólo toma de conciencia de los dos en cuanto a lo que les había acontecido internamente, es decir, sentían arder su corazón cuando Jesús les hablaba (v. 32). Finalmente escucharon lo que contaron “(...), los Once y los que estaban con ellos” (vv. 33-34) sobre la resurrección. Ellos también refirieron su experiencia (v. 35), que al parecer no fue una novedad para el grupo, pues allí ya conocían la noticia de que Jesús “se ha aparecido a Simón” (v. 34).

**1.4.5. El marco de la narración.** El marco se refiere a los datos que conforman las circunstancias del relato contado. Se compone de tiempo, lugar y entorno social (Marguerat & Bourquin, 2000, p. 129).

**El tiempo:** en el relato de Emaús, el narrador prefiere expresar el tiempo en días: “El primer día de la semana” (Lc 24,1); “aquel mismo día” (Lc 24, 13), “el día ya ha declinado” (Lc 24, 29). Es un día glorioso como lo expresa Oyin (1999, p. 1305), porque es el día de la resurrección de Jesús. También hace referencia a un momento de ese día: “levantándose al momento” (Lc 24,33). Este es el sentido cronológico del tiempo, pero también encierra un sentido metafórico. El primer día está relacionado con la creación, más concretamente con la luz a la cual Dios llamó día (Gn 1, 3-5). Jesús es “la luz del mundo” (Jn 8, 12), que vino para iluminar a toda la humanidad, y es la Palabra creadora de Dios (Jn 1, 1-3). De esta manera la Resurrección de Jesús es un nuevo día, una nueva creación, de la cual se hace partícipe toda la humanidad.

**El lugar:** en cuanto al lugar, el narrador sitúa a los discípulos inicialmente en la ciudad de Jerusalén, de allí salieron al campo desplazándose por el **camino** hacia un pueblo de nombre Emaús. Los lugares por donde los personajes **caminan** son externos, y este es el movimiento

predominante en el relato. Más adelante los personajes se encuentran sentados a la mesa, que quizá está ubicada dentro de una casa a la que ellos entraron. Los desplazamientos de los personajes encierran un simbolismo teológico, iban tristes, volvieron con el corazón ardiendo, Jesús se acercó, después desapareció, los discípulos iban con los ojos incapacitados, volvieron con los ojos abiertos, iban discutiendo, regresaron aprisa y sin discutir.

Existe una oposición entre Emaús y Jerusalén, esta última es el territorio privilegiado y con un sentido teológico según Lucas. “No es únicamente el lugar geográfico de la pasión, muerte, resurrección y glorificación de Jesús, sino que es también el lugar del cumplimiento definitivo de la salvación y el punto de partida de la proclamación kerigmática de los testigos” (Fitzmyer, 1986, p. 275). Es el lugar del encuentro de los dos discípulos con el grupo en general.

**Elentorno social:** del relato de Emaús se destacan brevemente dos temas en torno a la persona de Jesús; su muerte y su resurrección.

En torno a su muerte, es lo que aparece al comienzo del relato (Lc 24, 14). Los discípulos iban conversando sobre “lo que había pasado”, ellos mismos lo explicitaron más adelante en el diálogo que sostuvieron con Jesús (Lc 24, 18-24). En este sentido Aletti (1992), afirma que los dos discípulos relatan con expresiones concretas las grandes etapas del ministerio de Jesús haciendo una recapitulación (Lc 24, 19-20) mediante la cual le cuentan su historia al caminante:

-El nombre y el lugar de origen (Jesús, de Nazaret): cf. Lc 1-2;

-el ministerio, tal como lo describió sobre todo en la primera sección (Lc 4, 14-9,50): Jesús reconocido como profeta poderoso en obras y palabras (4,32.36; 5,17; 6,19; 7,16; 8,26; 9,19);

-la pasión, con el nombre de los adversarios (sumos sacerdotes y jefes) y el tipo de muerte (cruz): Lc 23 (p. 156).



Los discípulos del relato, también expresaron la expectativa que tenían puesta en Jesús como liberador de Israel (Lc 24, 21). Ellos representaban el sentir del pueblo que desde el año 63 a.C., empezó a ser dominado por el imperio romano, por lo tanto, se afianzaban en las esperanzas mesiánicas. Sería Jesús el que los salvaría de esa dominación extranjera, como el Mesías esperado en quien se manifestaría la misericordia de Dios (Lc 1, 54; Sal 98,3; Is 41, 8-9; 43,1-7). “Es el profeta mesiánico esperado por Israel y (...), el Mesías salvador prometido por Dios a su pueblo” (Flichy, 2002, p. 373).

La expresión “llevamos ya tres días desde que eso pasó” (Lc 24, 21), remite a la resurrección de Jesús, la cual no se puede comprobar de manera histórica y científica, pero se conoce por sus efectos en los discípulos testigos de haberlo visto y haber cenado con Él. Ellos que frente al anuncio de las mujeres no creyeron (Lc 24, 11), después se convirtieron en testigos valientes de Jesús Resucitado, incluso ante las autoridades judías (Hech 4, 7-12).

**1.4.6. La temporalidad.** La temporalidad narrativa comprende por una parte el tiempo narrado (se refiere al tiempo de la historia contada, se puede medir con un calendario, el discurso evoca brevemente ese lapso de tiempo) y por otra, el tiempo narrante (es el del relato, un lapso corto de tiempo ha sido narrado minuciosamente) (Marguerat & Bourquin, 2000, p. 141). De esta manera en el relato de Emaús, el tiempo narrado comprende tres días, al cual hacen referencia los dos discípulos: “llevamos ya tres días desde que eso pasó” (Lc 24,21) y el tiempo narrante es de un día: “aquel mismo día iban dos de ellos” (Lc 24,13), expresado por el narrador.

El relato presenta cuatro sumarios en los que el narrador expresa en síntesis los diálogos y las acciones de los personajes. El primero corresponde a los vv. 13-15: cuando el narrador refiere el tiempo narrante, el lugar y los personajes protagonistas del relato, creando así el escenario donde se va a desenvolver la historia. El segundo se refiere a los vv. 19b – 24: es el diálogo más

largo del relato puesto en boca de los discípulos, pero que en síntesis cuenta a Jesús todo lo sucedido en Jerusalén en torno a Él. El tercero señala el v. 27: el narrador pone en boca de Jesús lo relacionado con Él en todas las Escrituras. Sumario que termina en una elipsis (silencio), porque el narrador no le cuenta al lector lo que les explica Jesús a los discípulos. El cuarto sumario es el v. 35: narra que los discípulos contaron lo que les había sucedido.

Después del primer sumario (vv. 13-15), la narración del relato se interrumpe cuando el narrador introduce una pausa para describir la situación de los discípulos; “sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle” (Lc 24, 16), “ellos se pararon con aire entristecido” (Lc 24,17). De esta manera el lector se entera de su estado de ánimo, y tanto la dificultad para reconocerle como el pararse tristes, al parecer corresponde a su experiencia interna de ceguera y parálisis frente a lo que había sucedido con Jesús en Jerusalén.

Antes del último sumario (vv. 33-35), el narrador también hace otra pausa y esta vez, para describir la nueva situación de los discípulos: “entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron (...)” (Lc 24, 31), “¿no ardía nuestro corazón (...)?” (Lc 24, 32). Estas acciones externas e internas de los discípulos, reflejan la apertura de los ojos y del corazón producida por su encuentro con la persona de Jesús Resucitado.

En cuanto al orden de la narración en el relato, se presentan dos analepsis (mirada retrospectiva) externas que evocan las Escrituras proféticas, y una interna que remite a lo experimentado por los discípulos en el camino. En cuanto a las dos primeras, una se encuentra en lo que expresan los discípulos en relación con Jesús como profeta y la situación que vivió sobre su crucifixión y muerte (Lc 24, 19-24), y la otra está en lo que expresa Jesús sobre lo que anunciaron los profetas y las Escrituras en torno a Él (Lc 24, 27). En lo referente a la analepsis interna, esta ocurre cuando los dos discípulos después de la travesía y de partir el pan, hacen memoria de lo que les sucedió mientras caminaban con Jesús (Lc 24,32). El narrador escribe el

relato en tiempo pasado y cuando utiliza analepsis, hace un retroceso en el tiempo dentro del mismo para remitirse a hechos anteriores que están dentro o fuera del texto.

**1.4.7. La voz narrativa.** La voz narrativa guía al lector proporcionándole aclaraciones para que comprenda el texto. Esas ayudas son los comentarios tanto explícitos como implícitos que aporta el narrador en el curso del relato (Marguerat & Bourquin, 2000, p. 167).

En el caso del relato de Emaús los discípulos primero, y luego Jesús en el orden del mismo, se convierten en narradores secundarios. Los discípulos cuando le cuentan a Jesús todo lo relacionado con Él en Jerusalén (Lc 24, 18-24), y después Jesús cuando les llama la atención y les habla de las Escrituras (Lc 24, 25-27). De manera secuencial narran y se escuchan mutuamente como personajes del relato.

El relato expresa: “algunas mujeres de las nuestras (...) vinieron diciendo (...) que decían que estaba vivo” (vv. 22-23). De tal manera que en Lc 24 el anuncio de la resurrección de Jesús, se repite “como en un juego de espejos” (Marguerat & Bourquin, 2000, p. 180). Los “hombres con vestidos resplandecientes” (Lc 24,4), recuerdan lo que dijo Jesús antes de morir, se lo comunican a las mujeres y ellas por su parte se lo cuentan al grupo de los “(...), Once y a los que estaban con ellos” (Lc 24,9). Para Aletti “el modelo concéntrico subraya lo inaudito del presente, enrollándose y desenrollándose en torno al anuncio de las mujeres, que remite al de los ángeles” (1992, p. 156).

En cuanto a la simbología, Lucas utiliza la imagen del **camino**<sup>7</sup> en sentido propio y en sentido figurado. Aparece en el relato tanto de manera explícita como implícita. En sentido explícito está *cuatro* veces la acción o el nombre que indica la imagen de camino; “se puso a

---

<sup>7</sup> Esta alegoría del camino utilizada por Lucas en el relato, se toma para el desarrollo del segundo capítulo, como imagen del proceso de fe en el seguimiento de Jesús.

caminar a su lado” (24, 15b), “¿de qué vais discutiendo por el camino?” (24, 17a.), “cuando nos hablaba en el camino” (24,32), “lo que había pasado en el camino” (24, 35).

De forma implícita se mencionan *siete* veces las acciones que presentan el símbolo del camino; “iban dos de ellos” (24, 13a.), “Jesús se acercó” (24, 15b.), “ellos se pararon” (24, 17b), “al acercarse al pueblo a donde iban” (24, 28 a), “ademán de seguir adelante” (24, 28b), “entró, pues” (24, 29b), “se volvieron a Jerusalén” (24, 33a). De esta manera el **camino** se convierte en un símbolo muy importante para expresar el avanzar de Jesús y el de los discípulos.

### 1.5. Conclusión

Gracias al evangelista Lucas, existe hoy la posibilidad de leer un relato encantador del cual se pueden sacar como de un arca “cosas nuevas y cosas viejas” (Mt. 13, 52). Es un texto tan antiguo como nuevo, en cuanto a la riqueza humana y espiritual que encierra. Muchos autores han hecho sus reflexiones desde esta narración evangélica, descubriendo los tesoros que contiene y seguirán reflexionando a partir de allí, buscando encontrar en el Peregrino, al Caminante que oriente el sendero de sus vidas al verse reflejados en aquellos dos discípulos.

Desde el relato de los discípulos de Emaús, es posible acompañar, iluminar, hacer gustar las Escrituras, conmover el corazón, abrir los ojos a la realidad, pero sobre todo, permitir que cada ser humano pueda experimentar que tanto ayer como hoy, Jesús está presente en cada persona, en la cotidianidad, en la comunidad reunida, en los sacramentos y en las experiencias vividas.

Lucas no conoció personalmente a Jesús, pero de su experiencia personal y comunitaria, nació el testimonio de este relato dirigido a personas de su tiempo, pero también a los seres humanos de hoy, que del mismo modo viven situaciones similares a las de aquellos discípulos.

El estudio del relato desde el análisis narrativo, mostró de manera más detallada la trama y el itinerario de los personajes, sus acciones, diálogos y características. Los discípulos partieron tristes de la ciudad, pero a medida que avanzaban, su tristeza fue evolucionando de manera positiva hasta terminar felizmente en la confesión de fe a la comunidad reunida en Jerusalén.

Lucas al escribir su evangelio en una época concreta de la historia, destacó la misión de Jesús en relación con el pueblo de Israel y con la Iglesia. Historia en la cual se fue extendiendo el mensaje de Jesús por medio de sus discípulos, quienes vivieron también la experiencia del encuentro personal con el Resucitado.

Jerusalén es el lugar donde ocurrió el acontecimiento de la pasión, muerte, resurrección y ascensión de Jesús (Lc 24, 50-53). Para Lucas esta ciudad “es el centro geográfico y teológico de su obra. Allí comienza y concluye el itinerario de Jesús. De allí surge la evangelización, en alas del Espíritu, hasta el confín del mundo” (Alonso Schökel, 2006, p. 1945). Y “la nueva Jerusalén” (Ap. 21, 2), es el lugar escatológico hacia donde la humanidad está llamada a llegar en una profunda experiencia espiritual, desde la realización humana en la historia.

“La resurrección de Jesús es el hecho más importante de toda la historia de la salvación (...), es el acontecimiento decisivo en la existencia de Jesús; en la vida y en la fe de los cristianos” (Castillo, 2006, p. 73). Lucas en su narración resalta este gran acontecimiento pascual, fundamental para los cristianos de todos los tiempos y lugares del mundo, con el fin de alimentar su vida y su fe. De este modo “tanto la Iglesia como su misión, están cimentadas sobre la resurrección de Cristo crucificado, la tarea inherente a su identidad es testimoniar de manera creíble la pasión de Dios por el mundo (...)” (Lorenzen, 1999, p. 414).

Al terminar este primer capítulo en el que se hizo un estudio del relato de Emaús aplicando el análisis narrativo, es interesante continuar en el segundo con una lectura teológica que ayude a profundizar en su mensaje desde la metáfora del camino, como proceso de fe en el

seguimiento de Jesús. Esta imagen se refiere no sólo al camino a Jerusalén que guía el ministerio de Jesús, sino al “seguimiento por el camino” como característica de los discípulos que lo recorren con él (Lc 9,51-19, 27) (Aguirre, Bernabé & Gil, 2014, p. 242).

## 2. EN LA METÁFORA DEL CAMINO

Como se anunció al final del capítulo anterior, en este, se desarrolla el tema del camino en sentido figurado a partir de una lectura teológica, para indicar el proceso de fe de los discípulos en el seguimiento de Jesús. Lucas presenta el camino de Jesús desde Galilea hasta Jerusalén, simbolizando así su avanzar hacia Dios Padre y el de los discípulos en seguimiento de su Maestro.

Implica un proceso de fe que arranca desde la vivencia de los patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob. Pasa por la experiencia de fe de Moisés, y del pueblo de Israel en el éxodo hacia la Tierra Prometida. Toda su búsqueda de Dios como un camino en el cual Él, siempre estuvo presente y de manera particular, “cuando llegó la plenitud de los tiempos” (Gal 4,4), a través de su Hijo, y continúa hoy en la vida y misión de la Iglesia, como nuevo pueblo de Dios impulsado por el Espíritu Santo.

El camino de los dos discípulos hacia el pueblo de Emaús en compañía de Jesús Resucitado, indica igualmente su avance en la fe a la cual Él, los guió con su presencia viva, su palabra y al partir el pan. Así los discípulos con fe renovada emprendieron el camino de retorno a Jerusalén. Estos personajes reflejan la situación de los seguidores de Jesús a través de la historia, quienes en libertad pueden permanecer en el camino o abandonarlo, sintiendo la desilusión de la derrota o el gozo de la resurrección.

### 2.1. La palabra camino

Esta palabra se puede utilizar con varios sentidos, en este capítulo se refieren concretamente los aspectos geográfico y metafórico.

**2.1.1. Sentido geográfico.** Con respecto al sentido propio de camino, es decir, desde el punto de vista geográfico, el término hebreo más usado es *derek* y se traduce en griego por *óδος*. La palabra *derek*, salida de una raíz que significa el movimiento del pie al andar, designa en

primer lugar la pista trazada por las huellas de pasos repetidos. Por consiguiente, es el camino en toda su realidad material y concreta (Gros, 1964, p. 26).

Desde el Génesis hasta el segundo libro de los Reyes, la palabra *derek* se utiliza regularmente en sentido espacial, en relación con los desplazamientos y los viajes como en Gn 3,24; 30,36; 31,23; 38,14 (Prévost, 1991, p. 15). Posteriormente es utilizada en sentido más figurado para referirse al avanzar espiritual de las personas.

En el Nuevo Testamento el término *ódoç* predomina en los escritos narrativos, entre ellos en la doble obra de Lucas, en la cual se halla casi una tercera parte de todos los testimonios. También está presente en Juan, Romanos, 1Corintios, 1Tesalonicenses, Hebreos, Santiago, 2Pedro, Judas y Apocalipsis.

El término *ódoç* presenta una gama muy variada de significados. En su acepción fundamental significa no sólo *camino*, como ruta, sino también la *andadura*, el *viaje*, entendidos como acción. Resulta a veces difícil distinguir claramente entre el sentido *propio* y el sentido *figurado*.

Con su significado fundamental de *camino / viaje*, aparece principalmente en los evangelios sinópticos. Una ruta determinada la mencionan Lc 10, 31 (Jerusalén - Jericó) y Hech 8, 26 (Jerusalén - Gaza). Con una indicación de dirección se encuentra únicamente en Mc 10, 32 (Völkel, 1998, pp. 472-473).

**2.1.2. Sentido metafórico.** La palabra *ódoç*, además de su sentido geográfico, encierra también un sentido metafórico, es decir, se vuelve símbolo de otra realidad más profunda, la de la existencia humana.

Se la emplea en sentido figurado para señalar una dirección en la vida, en el sentido querido por Dios o alejándose de Él, como en Dt 5,33; 9,12.16; 11,28; 30,16; 31,29. Además,



adquiere una dimensión simbólica muy importante cuando designa el itinerario de Israel, el éxodo hacia la liberación desde Egipto hasta Canaán, como en Ex 3,18; 1,21; Dt 1,31; Jos 24,17 (Prévost, 1991, p. 15). En este sentido se hace referencia a los caminos de Dios (Dt 30, 9; Sal 25, 10; 67, 3; Prov 8, 13; Is 40, 3; 55, 8s; Jr 25, 5) (Léon–Dufour, 1977, p. 129).

En el Antiguo Testamento, la vida del ser humano se presenta como una marcha, un camino hacia Dios y con Dios. Así la tradición bíblica presenta la peregrinación de Abraham como el camino que Dios recorre con él (Gn 12. 15. 18), con Isaac (Gn 22,1-18), con Jacob (Gn 32, 25-31). Abraham, Isaac y Jacob fueron peregrinos y estuvieron en camino hacia la posesión de la tierra de Canaán, hacia Dios. Yahveh guió a Moisés y al pueblo de Israel en su marcha por el desierto hacia la tierra que buscaron sus padres (Ex 13,21-22) (Franquesa, 1964, pp. 68.71). Así el caminar de Abraham, se convirtió en la expresión de la vivencia de su fe en Dios, pues él, “por la fe, peregrinó por la Tierra Prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas” (Heb 11, 9).

El Antiguo Testamento habla de la vida humana como un camino (Sal 37, 5) en el que el hombre es guiado por Dios (Éx 13, 21) y que cada uno puede andar (Job 23, 11) o rechazar (Mt 2, 9). Por esto los profetas exhortan a apartarse de los falsos caminos (Jer 25, 5) y a dirigirse por los caminos verdaderos (Jer 31, 21) y el piadoso pide a Dios que le muestre el camino (Sal 27, 11, 119).

De esta manera, el sentido metafórico de la palabra camino, muestra cómo Dios acompañó el peregrinaje del pueblo de Israel desde sus antepasados. Lo hizo a través de distintas personas y acontecimientos, hasta llegada la plenitud de los tiempos en que Él, envió a su Hijo (Gál 4,4), Camino verdadero que lleva al Padre (Jn 14,6). Así, Dios sigue guiando a su pueblo que hoy es la Iglesia, la cual peregrina en este mundo impulsada por la fuerza del Resucitado.

El tiempo de la nueva alianza es iniciado con la llamada del Bautista a preparar un camino para el Señor (Mc 1, 3). Jesús es la coronación del camino que Dios ha planeado para la salvación (Rom 11, 33s); Él se denomina a sí mismo camino (Jn 14, 6). Cristo, con su encarnación, ha abierto un nuevo camino por el que el hombre puede llegar hasta Dios (Hech 10, 19s). Tanto en el AT como en el NT puede encontrarse la figura de los dos caminos, entre los que el hombre puede elegir (Sal 1, 6; Prov 15, 19; Mt 7, 13s) (Vila& Escuin, 1990, p. 131).

Siguiendo el sentido del Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento, los caminos de Dios (Mt 3, 3; Rom 11, 33; Heb 3, 10; Ap 15, 3) y su voluntad (Mt 21, 32; 22, 16; Mc 12, 14; Lc 20, 21), llevan a la vida (Hech 2, 28; 13, 10) y Jesús es el verdadero Camino que conduce al Padre (Jn 14, 4. 6). La conducta de los hombres es llamada camino, en el sentido de manera de vivir (Hech 14, 16; Rom 3, 16; 1Cor 4, 17, Sant 1, 8; 5, 20) (Léon–Dufour, 1977, p. 129).

El término *ódoç* en el Nuevo Testamento, se refiere principalmente al camino de la vida, a la conducta o manera de vivir exigidos por Dios (Hech 14, 6; Rom 3, 16s; Sant 1, 8; 5, 20; 1Cor 4, 17; 12, 31; 2Pe 2, 15.21). Sin embargo, 2Pe 2, 5 debe referirse más bien al cristianismo como la verdadera enseñanza. El vocablo se usa también en expresiones preposicionales como: en el camino (Mt 15, 32; Mc 8, 3.27; 9, 33s; Hech 9, 27).

Marcos recoge la indicación de la situación *ἐν τῇ ὁδῷ* tomándola del anuncio de la Pasión (8, 27) y de la discusión de los discípulos (9, 33s). La precisa más añadiendo una indicación del destino que marca la significación de “*en el camino*”, a la luz de lo que iba a suceder en Jerusalén, señalando más que una simple observación topográfica. Así hay que entender también la observación final del viaje de Jesús a Jerusalén, la cual habla de que a Jesús le seguía el ciego que había sido curado (10, 52): es un paradigma del camino del seguimiento en general.

Las instrucciones de Jesús sobre las provisiones de los mensajeros para el camino, parecen estar referidas al marco de la misión del cristianismo primitivo como una misión

itinerante (Mc 6, 8; Mt 10, 10; Lc 9, 3; cf. Lc 22, 35s), y al parecer también remiten retrospectivamente al radicalismo del cristianismo primitivo en su actividad misionera itinerante.

Es singular del Nuevo Testamento y, más concretamente del evangelio de Juan, la manera en que Jesús se designa a sí mismo como el Camino (Jn 14, 6), mediante la fórmula de revelación ἐγώ εἰμι, “*Yo soy*”. Ofrece dificultades, a este propósito, la coordinación entre las tres expresiones *camino*, *verdad* y *vida*. Parece que es preferible explicar la expresión que aparece en primer lugar, el *camino*, por medio de las otras dos. Así, no hay más que un acceso verdadero al Padre y que conduce a la vida. Teniendo en cuenta la identificación entre Jesús y el Padre (Jn 14, 9. 11); Jn 14, 6; debe entenderse en el más riguroso sentido como una sentencia de revelación. La vinculación estricta de la imagen del camino con la persona acentúa la naturaleza histórica de la revelación.

Es igualmente singular del Nuevo Testamento el uso de ὁδός, peculiar del libro de los Hechos, para designar la enseñanza cristiana en general (19, 23; 22, 4; 24, 33) o a los cristianos como grupo (9, 2; 24, 14). En Hechos ὁδός se usa como parte de la tendencia a evitar la impresión de que el cristianismo sea una ἀῤρεσις judía divergente, es decir, un *partido* o una *facción*. El concepto debe su origen a que el cristianismo en su totalidad, que se hallaba continuamente en situaciones de polémica y litigio, sintió la necesidad de denominarse a sí mismo conceptualmente (Völkel, 1998, pp. 473-476).

## **2.2. El camino de Jesús hacia Jerusalén según Lucas 9, 51-19, 28<sup>8</sup>**

En la primera aproximación correspondiente al análisis narrativo del capítulo uno, se expresó que para Lucas es muy importante la imagen del camino. Él la utiliza con sentido alegórico (p. 21). A este avanzar le concede un espacio muy amplio (Lc 9,51 – 19,28) y “alarga el

---

<sup>8</sup>Esta división y las siguientes que están en negrilla, se hicieron según los autores: Aguirre, R., Bernabé, C. & Gil, C. (2014). *Guías de lectura de los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas*. Navarra, España: Editorial Verbo Divino.

camino que ya se encontraba en su fuente marcana” (Aguirre et al., 2014, p. 195). Mientras que en Marcos (10,1-11,15) y Mateo (19,1- 21,12) el viaje de Jesús desde Galilea hasta Jerusalén ocupa uno y dos capítulos respectivamente, en Lucas “se extiende a lo largo de diez capítulos y tiene una gran importancia desde el punto de vista teológico” (Guijarro, 2012, p. 380).

Es el éxodo de Jesús con sus discípulos hacia Jerusalén que para el evangelista, expresa un caminar hacia la Pascua. Marchar hacia Jerusalén “implica siempre subir, pero Lucas dice más: la ‘asunción’ (palabra técnica cuya raíz usa en Hech 1, 2. 11. 22) y significa el desenlace de toda su vida, es decir, su muerte, resurrección y ascensión al cielo” (Aguirre et al., 2014, pp. 195. 198).

Para ir a Jerusalén, Jesús se puso en marcha, lo cual simboliza su movimiento interno hacia el Padre. De la misma manera el discípulo de Jesús, para seguirlo, debe mantener una relación de cercanía con Él. Se trata de un movimiento que se produce hacia adentro, en un avance constante buscando lo esencial de su vida, su transformación total. Jesús es un personaje que siempre aparece itinerante, que jamás se detiene, va en camino hacia la misión que le ha marcado su Padre (Meza y Arango, 2008, p. 126). Esta forma de proceder de Jesús genera un discipulado igualmente itinerante, que está en un constante avance en el seguimiento de su Maestro.

En Lucas, el viaje de Jesús a Jerusalén, fue iniciativa tomada por él mismo (Lc 9,51). Durante su vida pública Él expresó: “(...) conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante (...)” (Lc 13, 33) es decir, se refería a seguir su camino, porque era la misión que su Padre le había confiado, por lo tanto, nadie podía quitarle la vida mientras no llegara el momento y esto sería en Jerusalén. Jesús siguió su camino, subiendo hacia esa ciudad (Lc19, 28). A lo largo de esta gran sección (Lc 9, 51 – 19, 28), el texto hace referencia diez veces al término camino. Dos

de manera explícita (Lc 10,38; 17,11;)y ocho de forma implícita (Lc 9, 51; 9,53; 9,57;13,22; 13,33; 18,31; 19,11; 19,28) (Guijarro, 2012, pp. 381-382).

Las tres secciones siguientes se refieren al camino que realizó Jesús con sus discípulos desde Galilea hasta Jerusalén, y las instrucciones que les dio en cuanto a su seguimiento. Tanto al comienzo como al final se hace alusión a la decisión de Jesús de ir a Jerusalén (Lc 9, 51 y 19, 28).

**2.2.1. Instrucciones para el camino (Lc 9, 51-13, 21).** En esta subida a Jerusalén, Jesús instruyó a sus discípulos refiriéndose al seguimiento y a sus exigencias (Lc 9, 57-62), “designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos (...)” (Lc 10,1) con recomendaciones precisas para realizar su misión (Lc 10, 4-11). Al parecer los discípulos de Emaús pertenecían al grupo de estos “setenta y dos” o al grupo de “todos los demás” que estaban con “los Once” (Lc 24, 9). Por lo tanto, ellos también estaban en el camino del seguimiento de Jesús, y conocían las exigencias que Él les había hecho a todos. Se trataba de hacerse aptos para el Reino de Dios y de anunciarlo comprometiendo toda la vida.

En ese avanzar hacia Jerusalén, Jesús les habló sobre el mandamiento del amor a Dios y al prójimo mediante la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37). Les enseñó también la importancia de la oración con el Padre nuestro (Lc 11, 2-4) y con ejemplos prácticos (Lc 11, 5-13).

Jesús se refirió además a las dificultades que iban a encontrar en el camino del seguimiento y los exhortó “a la confianza, a la oración, al desprendimiento, a estar preparados, a dar frutos” (Lc 11, 14-13,21) (Aguirre et al., 2014, p. 197).

**2.2.2. Instrucciones en el camino y en torno a un banquete (Lc 13, 22-17, 10).**Jesús continuó hablándoles de las exigencias del discipulado en su seguimiento en cuanto a esforzarse a

entrar por la puerta estrecha (Lc 13, 24). En este contexto “muchos paganos, tenidos por ignorantes de las cosas de Dios, se sentarán (...), con los patriarcas en el Reino de Dios, mientras que muchos del pueblo elegido y de la comunidad cristiana serán arrojados afuera (vv. 28-29)”. (Aguirre et al., 2014, p. 205). De esta manera, los últimos serán los primeros en el Reino anunciado por Jesús (Lc 13,30).

En el camino hacia Jerusalén, Jesús se refirió nuevamente a las interpelaciones de su seguimiento, se trataba de una triple exigencia: 1) renunciar a la familia y a la propia vida, 2) cargar con la cruz y seguirlo y 3) renunciar a todos los bienes (Lc 14, 26-27.33).

Cuando los fariseos y los escribas murmuraron contra Jesús porque acogía a los pecadores y comía con ellos, Él les narró tres parábolas para explicarles su forma de pensar y hacerlos reflexionar: la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo perdido (Lc 15, 1-32), que muestran la misericordia de Dios al actuar de esa manera, inclinándose por las personas que ellos marginaban.

Posteriormente, Jesús les recomendó unas actitudes fundamentales en la comunidad de discípulos relacionadas con el perdón, la fe y el servicio humilde (Aguirre et al., 2014, p. 213).

**2.2.3. La venida del Reino de Dios (Lc 17, 11-19,28).** Esta sección refiere la curación de diez leprosos, de los cuales sólo un samaritano al verse curado, se volvió para dar las gracias a Jesús, y la extrañeza de Él al mirar la ingratitud de los otros nueve (Lc 17, 11-19). Lucas resalta la fe de este hombre por la cual se ha salvado. Seguidamente destaca la presencia del Reino de Dios entre los seres humanos, el cual llega “sin dejarse sentir” (Lc 17, 20-21), y la venida del Hijo del hombre que también será inesperada, pero antes “le es preciso padecer mucho” (Lc 17, 25).

A continuación, aparecen dos parábolas relacionadas entre sí por el tema de la oración. La constancia en ésta y la humildad, son muy importantes para que sean agradables a Dios (Lc 18, 1-14).

Jesús siguió el camino hacia Jerusalén instruyendo a sus discípulos. Los invitó a hacerse como niños para entrar en el Reino de Dios (Lc 18, 16-17). Resaltó “una escena de seguimiento fallido por culpa de las riquezas (Lc 18, 18-23) (...). Lucas subraya tanto el peligro que suponen las riquezas como el radicalismo que exige el seguimiento de Jesús.” (Lc 18, 24-30) (Aguirre et al., 2014, pp. 218-219).

En seguida está el tercer anuncio de la Pasión (Lc 18, 31-34), muy distante de los otros dos (Lc 9, 22 y 9, 44) “porque Lucas ha introducido mucho material propio a partir de 9, 51 y es ahora cuando vuelve a seguir a Marcos” (Aguirre et al., 2014, p. 219), quien presenta seguidos los tres anuncios de la Pasión de Jesús (Mc 8,31; 9,30-32 y 10, 32-34).

En este último anuncio Lucas se dirige concretamente a los Doce, y tanto en el segundo como en el tercer anuncio, aparece explícitamente en los textos, que los discípulos no entendían lo que Jesús les decía (Lc 9,45; 18,34). Esta incapacidad para entender se menciona en Marcos únicamente en el segundo anuncio (9,32). A propósito, Conzelmann (1974) expresa que en la teología de Lucas, la no-comprensión de los discípulos tiene para el autor una orientación cristológica y “la consciencia pasionaria de Jesús es expresada como viaje. No caminará por lo pronto a través de otros lugares; pero sí camina de otro modo” (pp. 98-99).

Siguiendo el recorrido se efectúa la curación del ciego de Jericó (Lc 18, 35-43). Lucas también resalta la fe de este ciego en Jesús, por la que se ha salvado, al igual que la del leproso agradecido (Lc 17,19). Después está la conversión de Zaqueo (Lc 19, 1-10) “jefe de publicanos, y rico” (v. 2) en cuya casa se hospedó Jesús para “salvar lo que estaba perdido” (v. 10).

Para terminar el recorrido de Jesús con sus discípulos hacia Jerusalén, Lucas presenta la parábola de las minas (19, 11-28) que insiste en la responsabilidad de hacer buen uso de los bienes materiales, lo cual está en relación con el texto anterior en Lc 19, 1-10. Al parecer hace referencia a Jesús quien se ha ausentado al subir al cielo y que volverá como rey glorioso (Aguirre et al., 2014, p. 221).

De las tres secciones anteriores sobre el viaje de Jesús y sus discípulos a Jerusalén, la primera se centra en el anuncio de la llegada del Reino de Dios, la segunda en la forma en que se vive y anticipa, y la tercera hace alusión a cómo hay que esperar su llegada definitiva. En este sentido, Lucas no narra un itinerario de viaje, sino el itinerario de los discípulos que son instruidos sobre el reinado de Dios (Guijarro, 2012, p. 385).

De esta manera, Cristo le dio un sentido pleno al caminar hacia Dios que venía desde el Antiguo Testamento, y la Iglesia organizó toda su liturgia desde allí, una marcha anual por todas las etapas de su camino, marcha en procesión triunfal que evoca ya la profecía de Isaías (60, 11ss). Así en el Nuevo Testamento se presenta la doctrina cristiana y la economía de la redención como camino (Hech 9,2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22; Mt 21,32), más precisamente como camino de salvación (Hech 16,17) y como camino que conduce a la vida (Mt ,14). Pero definitivamente Cristo es el único Camino que conduce al Padre (Jn 14,6) (Franquesa, 1964, pp. 72-73).

Durante su trayectoria histórica, Jesús con su palabra y su vida dio a conocer el Reino de Dios, formó un grupo de discípulos y les encomendó su misión. Esta comunidad apostólica y discipular, se reunirá de nuevo, después de la Resurrección de Jesús convocada por la fuerza de su Espíritu Santo.

### **2.3. El camino de los discípulos como proceso de fe en el seguimiento de Jesús**



El evangelista Lucas presenta el camino de Jesús a Jerusalén como modelo del discipulado fiel y generoso. Una condición del discípulo en el seguimiento de Jesús es hacer lo que él hizo con respecto a su Padre Dios. Como Jesús hizo la voluntad de su Padre, el discípulo debe hacer la voluntad de Jesús. El sentido del camino está en relación con el camino de la Iglesia que es la comunidad. El discípulo también debe hacer el camino de la Iglesia, salir de Jerusalén para testimoniar el gozo de creer y vivir el misterio pascual del Señor que libera al mundo del pecado (Silva, 2005, p. 18).

La comunidad cristiana de Jerusalén, se entendió como “*ekklêsía* de Dios” (1Co 15, 9; Gál 1, 13). *Ekklêsía* en griego se refiere a la reunión pública, la asamblea nacional de la comunidad política. Muy unido con *ekklêsía* está el concepto los *santos*, que se deriva de la primitiva comunidad de Jerusalén (Hch 9, 13; Rom 15, 25). Las dos autodenominaciones anteriores, muestran que la comunidad de los discípulos se consideraba a sí misma como el verdadero Israel.

En Pablo se presenta un fenómeno extraordinario, dándose una reflexión teológica sobre la pertenencia de los cristianos gentiles al pueblo de Dios. Se considera este problema muy puntual y concreto, desde la descendencia de Abraham (Rom 4; Gal 3). Pablo parte de un presupuesto evidente: quien quiera participar de la salvación tendrá que pertenecer al pueblo de Dios, tendrá que ser semilla de Abraham. Para ello sólo hay un camino según Pablo, y es a través de la fe, creyendo como Abraham. Es decir, que los verdaderos descendientes de Abraham, son aquellos que creen en Cristo. Estos son el verdadero pueblo de Dios (Lohfink, 1998, pp. 87-88).

En el siglo primero y a partir de Antioquía, a los seguidores de Jesús se les conoció como “los del Camino” (Hech 9, 2; 19, 9). “Seguidores del Camino”<sup>9</sup>, hombres o mujeres” a quienes

---

<sup>9</sup> El “Camino” designa el estilo de vida que caracteriza a la comunidad cristiana e, indirectamente, a esta misma comunidad.

Saulo persiguió para llevarlos “atados a Jerusalén” (Hch. 9, 1-2). De modo más explícito, Schüssler Fiorenza (1989) manifiesta que “el camino de Dios’ es una expresión típica de Lucas para describir la predicación y la vida cristianas” (p. 240). La metáfora del camino se convierte así en una ruta que señala un horizonte aplicado al seguimiento cristiano e indica un hondo contenido relacionado con la vida y la misión de las personas.

Jesús habló a individuos concretos, se preocupó especialmente de la comunidad. El Reino de Dios irrumpió con Jesús. Esta situación era la que Israel debía aprovechar, pues se le ofrecía la salvación; por lo tanto, habíade convertirse y permitir ser reunido para ese Reino al cual fue invitado, sin embargo, cuando la mayoría de Israel se negó a seguir la invitación de Jesús, Él se concentró de manera creciente en sus discípulos. Ese círculo fue para Jesús, la representación del todo-Israel, al mismo tiempo una pre-representación de lo que debe ser el Israel escatológico.

El punto culminante de la última cena no excluyó el universalismo de la salvación. La peregrinación de los gentiles demostró que Jesús vio el papel de Israel en el horizonte universal de la tradición de Isaías: Israel no fue elegido para su exclusivo provecho, sino como señal universal de salvación para todos los pueblos. El Reino de Dios fue para Jesús de una magnitud universal que desbordaba a Israel. El Pueblo de Dios debía abrirse a la soberanía de Yahvé, lo cual no equivalía a ser un estado teocrático; sino en cambio, una familia de hermanos y hermanas, como Jesús la reunió en su círculo de discípulos (Lohfink, 1998, pp. 80-82).

Los discípulos como nuevo pueblo de Dios, fueron llamados por Jesús a seguirle para experimentar la verdadera vida en Él. Para lograrlo, debían pasar por la muerte y llegar así a la Resurrección.

Jesús manifestó en su vida, que deseaba una comunidad fraternal para contrarrestar todas las situaciones de jerarquía y de preeminencia de los notables, escribas y fariseos de su tiempo, a quienes se enfrentó constantemente. Por esta razón, admitió junto a Él a un grupo de discípulos,

mixto (hombres y mujeres) como es la humanidad. Este grupo constituido con base en una llamada o en el deseo de seguirle, debía ser el modelo de la institución eclesial, con el fin de guardar fielmente el depósito de la fe del que tanto se habla.

De esta manera, el Reinado de Dios, sólo puede existir en la igualdad total de todos, mujeres y varones. La Iglesia debe vivir cada día con el impulso que recibió, reproduciendo los trazos de quien es su referencia básica, practicando la ley del amor y del perdón y abriendo a todos, los caminos que llevan a Dios en la libertad y la felicidad (Lorenzen, 1999, pp. 99-166).

El Dios de Jesús quiere la integridad y la humanidad de todos e hizo posible que el movimiento de Jesús se convirtiera en un discipulado de iguales, en el que los discípulos fueron llamados a la misma praxis de inclusividad e igualdad. Es decir, que Dios a través de Jesús, ofreció un nuevo estilo de vida a estos discípulos que procedían más bien de un medio de pobres, hambrientos, gentes de los pueblos, publicanos, pecadores, mujeres, niños, pescadores, amas de casa. Fueron llamados a recobrar la esperanza, porque Jesús los invitó a formar una comunidad (Schüssler, 1989, pp. 182-183).

En Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo como Trinidad, los primeros cristianos encontraron según lo expresado por Boff (1991): “el modelo de cualquier comunidad: respetando a cada una de las individualidades, surge la comunidad, gracias a la comunión y a la entrega mutua” (p. 93). Así procuraron vivir porque “la multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común” (Hch 4, 32).

Las expresiones “hermanos” y “pueblo” se refieren a la comunidad de los discípulos. En Hechos, no se usa la palabra discípulos, quizá porque el grupo creció, sin embargo, se encuentran incluidos los apóstoles, las mujeres y los familiares de Jesús (Hch 1, 14). La comunidad presidida por los apóstoles fue una comunión, una multitud de discípulos, llamados hermanos. En Hechos

9, 30; 10, 23; 11, 1; se define como una comunión de hermanos y en Hechos 6, 1- 2. 7, la Iglesia es presentada como una comunidad de discípulos.

En Hechos 1, 15-26 se configura la continuidad entre el círculo prepascual de los discípulos y la comunidad después de Pentecostés. En Lucas el crecimiento de la comunidad de los discípulos, se inicia después de Pentecostés y con una gran cantidad de seguidores, pero antes de la efusión del Espíritu Santo, no interesaba la cantidad (Hech 2, 1-41). Sólo aquí los convertidos ese día eran sumados a la comunidad de discípulos.

Después de la Pascua, los discípulos fueron formados y preparados para recibir el Espíritu Santo y presentarse a Israel, con una misión propia: reconstruir el pueblo querido por Dios (Hech 15, 16ss). El pueblo de Dios, restaurado como el verdadero Israel, se ensanchará más allá de Jerusalén, de Judea y de Samaria hasta el extremo de la tierra, donde son enviados los seguidores de Jesús.

Según Hechos, los apóstoles fueron enviados a anunciar el reinado de Dios, después de la Pascua (Hech 1, 3; 8, 12; 14, 22; 19, 8; 20, 25; 28, 23. 31). Por lo tanto, se cumple la misión de los apóstoles antes y después de la Pascua. En Hechos 3, 25 con el discurso de Pedro, el autor presenta a los judíos como hijos de la alianza o pacto iniciado con Abraham (Cardona, 2006, pp. 25-31).

De esta manera, los discípulos de Jesús, después de ser reunidos por la fuerza del Espíritu Santo, dieron testimonio del Resucitado e hicieron que la Iglesia se fuera expandiendo a diferentes lugares del mundo, fomentando así la hermandad entre los pueblos. Dos de esos discípulos fueron los peregrinos de Emaús, quienes avanzaron en su camino de fe, acompañados por Jesús Resucitado.

#### **2.4. El camino a Emaús**

Los dos discípulos abandonaron la ciudad de Jerusalén a la cual quizá habían llegado con los otros discípulos siguiendo a Jesús desde Galilea. Él los había formado dándoles instrucciones para el camino del seguimiento. Sin embargo, ellos emprendieron solos el camino de huida de la ciudad. Al parecer sabían a dónde *iban* (Lc 24, 13a), su meta era Emaús, pero tenían el horizonte nublado o lo habían perdido, les faltaba la luz de la fe y no entendían desde el corazón, desde su ser profundo, lo que había sucedido con Jesús. Estaban experimentando la desilusión del sepulcro, lugar donde creían que Jesús había quedado.

No los movía la emoción de encontrarse con alguien, sino la desilusión de lo que habían vivido. Tenían dos opciones frente a lo sucedido: permanecer con la comunidad y esperar el encuentro con el Resucitado, o abandonarla sintiendo más el peso de la derrota. Ellos eligieron la segunda.

Tal vez pensaron que al alejarse olvidarían lo sucedido y estarían a salvo, en Emaús la situación volvería a ser como antes, pero fue precisamente en ese avanzar, donde recibieron como don, la presencia de un guía que se **acercó** y se puso **acaminar** a su lado (24, 15). Caminar, tanto en sentido literal como en sentido figurado, toma tiempo, espera; se trata de ir al ritmo del otro, de seguir al que es Camino y Compañero a la vez.

Jesús, al hacerse acompañante de los dos discípulos, centró su atención en ellos mismos, en cuanto personas y no tanto en sus preocupaciones; les dio el tiempo necesario para hacer su recorrido interior, para hacer su propio proceso de seguimiento. Ellos no sabían quién era ese personaje, porque estaban obnubilados por la tristeza y la desilusión. Estaban viviendo su propia cruz.

En la cultura judía, los ojos están relacionados con el corazón porque forman la zona de la comprensión y del conocimiento profundo. De esta manera, el ver está muy relacionado con el

comprender radical y supone también un sentimiento que implica a toda la persona (Aguirre et al., 2014, p. 242).

Jesús dirigiéndose a ellos, los interpeló con una **pregunta** clave que tocó la esencia de su conversación y de su vida: “¿de qué vais discutiendo por el *camino*?” (24, 17a.). Entonces, paralizados por su ceguera espiritual se pararon (24, 17b), se detuvieron en el camino de su vida, para hacer un reproche a Jesús sobre su desconocimiento de lo acontecido.

Jesús los llevó a mirar de frente su vida desde las **Escrituras**, a darle sentido y a tomar finalmente la decisión de volver a la comunidad. Su Palabra como anuncio y su presencia viva los transformó. Quiso hacerlos responsables de su situación personal, de la solución de sus problemas, capaces de confiar en sí mismos, en los otros discípulos y especialmente en la resurrección prometida desde antes de su muerte. Se hizo presente en su historia personal de dudas y aciertos, para que desde allí ellos también respondieran con valentía, generosidad y alegría.

Toda meta por larga que parezca tiene un punto de llegada hacia un nuevo comienzo o para seguir perfeccionándose. “Al *acercarse* al pueblo a donde iban” (24, 28a), fue Jesús quien pretendió *seguir* adelante (24, 28b). Su actitud llevó a los discípulos a invitarlo **apartir** con ellos **el pan**; por eso el texto dice que *entró* (24, 29b). Así experimentaron la presencia pascual de Jesús. Fue así como lograron reconocerlo porque Él se les reveló con su vida nueva de Resucitado. Tomaron conciencia finalmente de lo que les había ocurrido en el camino. Los ojos *se les abrieron*(Lc 24, 31) para reconocer al Resucitado y el corazón comprendió lo sucedido, entonces sus vidas cobraron sentido, al hacer memoria de lo que habían vivido. Ya Él podía **desparecer**, porque se hizo presente de una manera diferente: en el pan partido y repartido.

Los discípulos experimentaron el gozo de un encuentro personal con Jesús. Él fue quien propició este encuentro liberador; fue un espacio en el cual finalmente se dio a conocer. Provocó

en los discípulos el proceso de la conversión del corazón cuando les “hablaba en el *camino*” (Lc 24,32), y el nacimiento a la vida verdadera. Los convirtió en testimonio frente a la comunidad reunida en Jerusalén, donde *volvieron* (Lc 24, 33a) y a la cual le contaron “lo que había pasado en el *camino*” (Lc 24, 35).

El relato no muestra solamente un recorrido espacial que se puede hacer en determinado momento y lugar, sino que también alude a un estilo de vida propio de la comunidad cristiana, y al caminar espiritual, es decir, a la experiencia de fe de los seres humanos de todos los tiempos, personificados en los dos caminantes, como lo expresa Fitzmyer (2006):

La perspectiva geográfica está subordinada a la visión teológica de Lucas. Los discípulos “*van camino*” (*poreumenoi*, v. 13) de Emaús, y el propio Jesús “*se pone a caminar con ellos*” (*syneporeueto autois*, v. 15). Nótese también la doble presencia de la expresión en *tē hodō* (“*en / por el camino*”, vv. 32. 35), como marco territorial en el que Jesús instruye a los discípulos sobre el significado de la Escritura. De modo que, al final del evangelio según Lucas, esta aparición paradigmática no sólo tiene lugar en las cercanías de la ciudad donde se cumple el destino de Jesús hacia la que se dirige todo el movimiento de la narración evangélica de Lucas, sino que esta última y definitiva instrucción sobre la relación entre su destino y lo que anunciaron Moisés y los Profetas se produce “*mientras van de camino*”. No se puede perder de vista la utilización sutil, pero deliberada, del elemento geográfico. (p. 577).

Siguiendo esta idea es posible expresar que para Lucas “la existencia cristiana es un caminar (...), con Jesús (...), y bajo su dirección” (Bovon, 2005, p. 680). Esta fue la invitación que hizo a sus discípulos, a seguirlo para compartir con ellos su proyecto de vida

y para encomendarles su misión de proclamar el Reino de Dios y de curar enfermedades (Lc 9,2; 10,9).

## **2.5. La desilusión y el gozo de los discípulos en el camino de seguimiento**

Ya se expresó al inicio de este capítulo el significado de camino, tanto en sentido propio como figurado, pero esencialmente el Camino es Jesús mismo (Jn 14, 6), y su propuesta de vida, el Reino de Dios (Lc 11, 20; 17, 20 - 21). Frente a su muerte, los discípulos de Emaús, perdieron la esperanza y lo abandonaron.

El relato muestra un contraste que se manifiesta en la vida de los dos discípulos. En primer lugar, la desilusión por la ausencia del Amigo y Maestro y, posteriormente el gozo por el encuentro personal con Él. Varios términos expresan de distinta forma la situación interna experimentada por ellos en ambos sentidos: la desilusión y el gozo.

Ellos se fueron (textualmente: *iban*) (Lc 24, 13), es decir, cada vez tomaron más distancia del proyecto del Reino de Dios, al cual su Maestro los había invitado. Esa fue su decisión, quizá creyeron que era lo mejor. Era hora de volver a las actividades anteriores a su encuentro con Jesús. Su dolor los empujaba a no esperar más, por esto partieron “ese mismo día” (Lc 24,13).

Iban repasando en su mente y en su corazón todo lo que había pasado (Lc 24, 14). Estaban aferrados a ese pasado de cruz, muerte, miedo, falta de fe. Todo esto los llevó a sumirse en el sin sentido de su vida. Al parecer no había ninguna esperanza.

Sus ojos incapacitados (Lc 24, 16) reflejaban igualmente su desilusión. Los tenían abiertos y sin embargo no veían al que es la Luz, que marchaba a su lado. Es la imagen que utiliza Lucas para mostrar su ceguera interior, que se sumaba a su “aire entristecido” (Lc



24, 17). Ellos quizá no eran conscientes de lo que les estaba sucediendo, sólo caminaban para alejarse de una situación tan dolorosa.

Quienes lo “condenaron a muerte y lo crucificaron” (Lc 24, 20), creyeron que hacían lo mejor en favor del pueblo de Israel. Creyeron que podían matar al que es la Vida (Jn 14, 6), pero ésta, desde la fragilidad humana de Jesús, se levantó para dar vida a toda la humanidad.

Los dos discípulos esperaban “que iba a ser él quien liberaría a Israel”, pero ya habían transcurrido “tres días desde que eso pasó” (Lc 24, 21) y no había respuesta a las expectativas, sólo sobresaltos causados por unas mujeres que “fueron de madrugada al sepulcro” (Lc 24, 22), y que decían “que él vivía” (Lc 24, 23), pero al igual que algunos del grupo que fueron también al sepulcro “no lo vieron” (Lc 24, 24).

Los versículos anteriores muestran la desesperanza y la desilusión que vivían los discípulos mientras iban caminando, lo cual los llevó al sin sentido de su vida. Estaban solos aparentemente, en situación de huida de Jerusalén, de la comunidad y del mismo Jesús.

Los versículos siguientes muestran la paulatina transformación interior de los discípulos, de tal manera que en ellos la desilusión del sepulcro, le va dando paso al gozo de la resurrección.

Jesús les reprochó su falta de fe en lo que anunciaron los profetas (Lc 24, 25), y la necesidad de que el Cristo padeciera para luego entrar en su gloria (Lc 24, 26). El texto no expresa todo lo que Jesús les dijo, pero sus palabras y mucho más, su presencia viva y eficaz, hizo que lo invitaran a quedarse con ellos (Lc 24, 29), allí ocurrió el prodigio: “se les abrieron los ojos” (Lc 24, 31) y recordaron que el corazón les ardía (Lc 24, 32) por el camino, en el encuentro con el Resucitado.

Por eso se levantaron de prisa y volvieron a Jerusalén (Lc 24, 33), donde el grupo les confirmó la buena noticia de la resurrección de Jesús (Lc 24, 34). También ellos contaron lo que habían vivido en el camino a Emaús (Lc 24, 35).

Se cierra así el evangelio de Lucas, con este magistral relato que es a la vez experiencia y síntesis de toda su obra.

## **2.6. Conclusión**

El camino de Emaús es una metáfora del proceso de fe vivido por dos discípulos desilusionados, quienes encarnan a todo ser humano sumergido en una situación similar a la de ellos, en el viaje de la vida. En este segundo capítulo se destacó esta imagen a la manera de Lucas, para mostrar el aspecto teológico del caminar de Jesús, de sus discípulos y el paso de la desilusión del sepulcro al gozo de la resurrección, experimentado por los dos discípulos en el encuentro con el Resucitado.

Es emocionante adentrarse a través del relato en la manera como Lucas, va guiando a los lectores a descubrir la experiencia vivida por estos discípulos. Leyendo de manera atenta los verbos que indican las acciones de Jesús, se descubre un camino que para esta investigación es clave en el proceso de acompañamiento espiritual.

Lucas muestra en el relato, el camino seguido por Jesús para hacer que aquellos discípulos vivan la experiencia del encuentro personal con Jesús Resucitado. También se refiere a las acciones de estos, como la manera de dejarse guiar y acompañar de Él. Dichas acciones expresan la forma como ellos pasaron de la oscuridad de la desilusión, a la luz de la resurrección y se convirtieron en testigos. Es así como los acompañados, encuentran un camino a seguir tanto para su vida personal, como para ayudar a otras personas en su proceso humano espiritual.

Lucas toma la imagen del camino en dos sentidos; uno literal y otro figurado. El primero se refiere al aspecto geográfico por donde transitaron Jesús y sus discípulos; el segundo para indicar el caminar de Jesús hacia el Padre y el proceso de fe vivido por los discípulos y por las personas en general. De esta manera el camino indica dinamismo, pues un peregrino no puede quedarse estacionario, sino que debe seguir en su proceso hasta alcanzar la meta. Después de su experiencia de encuentro con la persona de Jesús, los discípulos avanzaron por el camino, siendo testigos de su resurrección, y realizando la misión que él les confió.

Siguiendo el sentido alegórico del camino propuesto por Lucas, se puede afirmar que el discipulado presentado por él se caracteriza por la itinerancia. Así como Jesús se mantuvo en constante movimiento hacia el Padre para llevar a cabo en el mundo el proyecto del Reino de Dios, igualmente los discípulos están llamados a expresar con la vida su avanzar por la fe en el seguimiento de Jesús. Lo fundamental en este seguimiento es la relación personal que el discípulo establece con Él asumiendo su modo de vivir y de actuar.

Para el discípulo permanecer en el camino del seguimiento de Jesús, implica un gozo profundo, lo cual no quiere decir ausencia de dolor y sufrimiento, como elementos de la vida humana, pero con sentido, porque se viven desde Jesús Resucitado. Quien padeció mucho antes de entrar en su gloria (Lc 24, 26). Esta es la experiencia que debe hacer del discípulo en el camino del seguimiento.

En este viaje de la vida muchos jóvenes por diferentes razones, se hunden en el abismo de la desesperanza. Han perdido el sentido de su vida. Por ello desde esta investigación, se pretende responder a esa situación que los envuelve. En el tercer capítulo se ofrecerá desde el relato de Emaús, unas claves de acompañamiento espiritual para propiciarles el encuentro con la persona de Jesús Resucitado y ayudarles a superar el sin sentido de sus vidas.

### **3. EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA, A LA LUZ DEL RELATO DE EMAÚS**

En el segundo capítulo se destacó la imagen del camino como metáfora de la vida según la visión de Lucas. Este evangelista utiliza dicha alegoría, para señalar el aspecto teológico del caminar de Jesús hacia el Padre, y del avanzar de los discípulos en seguimiento de su Maestro. Además, se hizo referencia al gozo y a la desilusión experimentada por los discípulos, en el proceso de seguimiento de Jesús. Partiendo de la importancia de permanecer en dicho seguimiento, pero reconociendo también la situación de desesperanza que envuelve a muchos jóvenes, en este capítulo se intenta ofrecer algunas claves de acompañamiento espiritual desde el relato de Emaús. Es una guía en el camino de sus vidas, con el fin de propiciar en ellos el encuentro con la persona de Jesús Resucitado, que les ayude a superar el sin sentido de su existencia y a convertirse en sus testigos.

El acompañamiento propuesto en esta investigación está dirigido especialmente a los jóvenes, porque ellos son la opción preferencial de la Compañía de María desde su génesis (Historia de la Orden de la Compañía de María [HO], 1964, p. 63), y a quienes se dirige la “educación evangelizadora fundamentada en la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret” (Proyecto Educativo Compañía de María [PECM], 2011, p. 12), como un ofrecimiento que busca propiciar el ambiente necesario donde vivan el encuentro personal con el Resucitado.

Frente a un contexto de desesperanza, estos jóvenes necesitan un acompañamiento espiritual adecuado que les dé la posibilidad de objetivar su situación, y les permita encauzar su existencia para encontrar el verdadero sentido de su vida, y realizar la misión que les corresponde en la historia y en el mundo.

En el relato de Emaús Lucas presenta palabras, gestos y acciones concretos de Jesús en el acompañamiento a los discípulos. De esta manera logró que sus compañeros de camino, experimentaran en su vida el gozo de la resurrección. Estas actitudes son claves para los caminantes de todos los tiempos, quienes, en algún momento determinado de sus vidas, pueden perder el sentido de la misma y anhelar reorientarla con la ayuda de un apropiado acompañamiento espiritual.

### **3.1. Un abismo llamado sin sentido**

Para un creyente su vida tiene sentido en la medida en que ésta se orienta hacia su Creador y Señor y a su proyecto de salvación (Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, fundamento de la Espiritualidad de la Compañía de María [EE], 1977, 23). Dios se hizo presente en la historia humana mediante la encarnación (Jn 1, 14). Es el camino escogido por Él para llevar a cabo la realización humana, ofrecida por su Hijo desde su vida y misión humana y divina.

Permanecer en este camino es vivir la vida con sentido aún en medio de las mayores dificultades, de sufrimiento, de muerte, de desórdenes en la vida familiar, de inseguridades, fracasos escolares, laborales, etc. Cristo ha atravesado las sombras del camino y ha enseñado cómo hacerlo.

El sin sentido de la vida es un abismo en el que actualmente caen muchos jóvenes por diferentes motivos. Y cuando ellos buscan un acompañamiento espiritual es porque de algún modo, están viviendo situaciones que requieren un apoyo externo a través del cual puedan canalizar las circunstancias específicas por las que atraviesan. Ellos “no temen el sacrificio ni la entrega de la propia vida, pero sí una vida sin sentido (...). En su búsqueda del sentido de la vida, son capaces y sensibles para descubrir el llamado particular que el Señor Jesús les hace” (Aparecida, 443).

Para descubrir ese llamado necesitan de personas que los orienten con sus palabras, con su vida, con un acompañamiento oportuno desde una experiencia relacional con Jesús. Tal vez algunos no lo creen necesario, o no saben que es posible hacerlo, o están sumergidos en un ambiente tan complejo, que el acompañante precisa hacerse el contradicho para ofrecer su ayuda y encauzar la situación dolorosa por la que atraviesan.

Muchos jóvenes experimentan que al afrontar las diversas dificultades de la vida pierden el sentido de ésta. Sobre todo, la falta de fe y de esperanza, es lo que les puede causar una crisis mayor, ya que estas virtudes son las que fortalecen su espíritu. De esta manera “la juventud (...), vive en una época de crisis y de cambios que son causa de conflictos entre las diversas generaciones (...), una crisis que abarca todos los órdenes (...)” (Medellín, PV, p1 y p2). Estos factores y muchos otros ejercen tanta confusión en ellos, que los llevan a la desesperanza, a desmoronarse por dentro y a desviarse del camino al cual Jesús los invita en libertad.

Cabe aquí mencionar la interpelación de Nolan (2010) “¿Cómo podemos poner toda nuestra esperanza y confianza en este Dios crucificado?” (p. 28). Es la pregunta que surge desde la desilusión de la vida, desde una sensación de fracaso. Porque existe la tendencia de quedarse paralizados en la cruz y en la muerte, y a culpabilizar a Dios de lo malo que sucede en el mundo, tanto a nivel personal como social. Pero también “los adolescentes y los jóvenes están cargados de interrogantes vitales y presentan el desafío de tener un proyecto de vida personal y comunitario que de sentido a sus vidas (...)” (Santo Domingo, Conclusiones 112). Así surge la confianza de saber que precisamente en la cruz, Jesús venció a la muerte con la vida que no termina y que es Él mismo (Jn 14, 6).

Desde la fe y la esperanza es posible afirmar que se puede y se debe poner toda la confianza en Dios crucificado, porque Él es “poderoso, pero no con el poder de la fuerza, sino con el poder de la debilidad, de la compasión y el amor. Es así como vive su pascua, clave de

interpretación de toda vida cristiana” (Nolan, 2010, p. 28). Por eso estas virtudes son fundamentales en la relación personal con Jesús. A Él se llega a través de la fe.

Ante la problemática de dolor y desilusión que viven muchos jóvenes, surge la pregunta: ¿cómo mantener la esperanza? Es entonces “(...), cuando los cristianos verdaderos tocan la esencia de su fidelidad a la Palabra, creen de veras en el Dios que nunca falla y arrancan del corazón de la cruz la esperanza que necesitan comunicar a sus hermanos” (Pironio, 2010, p. 2) para avanzar como pueblo de Dios, como Iglesia peregrina en el camino de la fe, que plenifica solamente desde la perspectiva de Jesús.

Los jóvenes al sentirse acompañados toman conciencia de que a partir de la experiencia única de Jesús muerto y resucitado, la cruz cobra su pleno sentido, y deja de ser un signo de muerte para convertirse en un signo de salvación. Pues la resurrección de Jesús revela que la vida de Dios es más fuerte que el poder disgregador de la muerte. Supone la muerte definitiva de la muerte (Lorenzen, 1999, p. 335).

Los jóvenes experimentan a diario, momentos de muerte y de vida. Se encuentran inmersos en un constante devenir con inacabables transformaciones, ambigüedades, contradicciones, conflictos, aporías (Mèlich, 2010, p. 53). Esta situación es desbordante y los cambios se dan con tanta velocidad, que ellos se sienten confundidos, y pueden hundirse en el abismo de la desesperación o por el contrario, levantarse y luchar por encontrarle sentido a su existencia.

A lo largo de su historia personal, se combinan constantemente la desilusión y la esperanza como expresiones contraste, propias de toda realidad humana. Ese horizonte sombrío visto desde la fe en Jesús, cobra sentido y se convierte en camino de seguimiento del Maestro. Lleva la búsqueda de la voluntad de Dios, desde una experiencia pascual como la que vivieron

los discípulos de Emaús. Esto implica una experiencia de fe en Jesús Resucitado, que se debe cuidar como tesoro. Es la invitación que la Iglesia hace a los jóvenes:

La Iglesia está preocupada (...), sobre todo, porque esa sociedad (...), que vais a construir (...), deje expandirse su tesoro antiguo y siempre nuevo: la fe (...).

Confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo que no estaréis tentados (...), de ceder a la desesperanza y la nada (...), y sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que le da sentido: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno (“Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes”, 1965).

De esta manera los jóvenes como creyentes, pueden experimentar que todo sufrimiento tiene sentido desde Jesús. Pero es necesario alimentar diariamente la relación personal con Él. De esa experiencia nace y se fortalece la relación de fraternidad con los otros. Todo parte de la conversión del corazón. Y para poder encontrarse con los otros, como lo menciona Grün (2007), el ser humano debe en primer lugar realizar un encuentro sincero y sin prejuicios consigo mismo a través de la oración y desde allí, adentrarse en su verdadera identidad, encontrar el camino que conduce a su yo, y a su verdadero núcleo personal (pp. 16-17).

### **3.2. Relectura del relato de Emaús en clave de acompañamiento (Lc 24, 13-35)**

Después del trabajo realizado en los capítulos anteriores sobre el relato de Emaús, se han encontrado en éste expresiones, gestos y acciones claves para el acompañamiento espiritual en el camino del seguimiento de Jesús. De las cinco claves que se van a presentar en este capítulo, las dos primeras se ubican en el nudo<sup>10</sup> y las otras tres en la acción transformadora del relato de Emaús (capítulo uno, pp. 25-26).

---

<sup>10</sup> El esquema quinario se utilizó en el primer capítulo, para dividir el texto en cinco etapas: situación inicial, nudo, acción transformadora, desenlace y situación final. Corresponde a la trama del relato.



En cuanto al proceso de acompañamiento surge la pregunta, ¿en qué circunstancias, los jóvenes de hoy, necesitan más esta ayuda? Es difícil responder este interrogante, pero se tratará de hacerlo partiendo de la situación que los envuelve en la cotidianidad de la vida.

Para tratar de ofrecer una ayuda más adecuada frente a este desafío, la Compañía de María vuelve una y otra vez a leer las características de la situación del mundo actual: violencia, muerte, desplazamientos, migraciones, pobreza, individualismo, desintegración de las familias, vulneración de los derechos fundamentales de la persona. Todo lo que deshumaniza nuestro mundo (Documento Capitular de la Compañía de María Nuestra Señora [DC], 2015, p. 3). Es posible reducir todo este mal a las palabras: muerte, desencanto, desilusión, sin sentido, y mirar el llamado al acompañamiento espiritual como una invitación a ayudar a pasar de la muerte a la vida, de la desilusión al gozo de la resurrección.

Este es el gran reto en la relación acompañante-acompañado. Las acciones de Jesús, en el relato de Emaús, muestran el modo como el evangelista Lucas resumió el camino de acompañar a otros. Se trata de una transformación interior que pueda ser experiencia de fe y de vida resucitada. Por lo tanto, el acompañante desde su experiencia de fe, sabe guiar al acompañado a hacer el peregrinaje hacia su propio interior. Se busca que éste descubra en su vida la presencia del Resucitado, y así su modo de proceder, anime a otros en la búsqueda y la realización de su proyecto personal en seguimiento de Jesús, y en servicio a los hermanos.

El ser humano es por naturaleza un ser de relación. Desde su nacimiento tiene la necesidad de los otros. Dios mismo quiere que cada criatura que viene al mundo tenga la posibilidad de una familia que la cuide y le brinde lo suficiente para que desarrolle al máximo sus potencialidades. Es un acompañamiento humano y divino que le va dando sentido a la vida de cada persona. Así:

La necesidad esencial humana de ser relación y la revelación de la voluntad divina de no abandonar a su criatura son dos verdades convergentes que avalan, por un

lado, la conciencia de estar siendo acompañados y, por otro, la misión de acompañar a nuestros semejantes, para seguir el camino recto y alcanzar del mejor modo posible la meta del proyecto que Dios quiere para cada uno de sus hijos (Moreno, 2014, p. 75).

En el relato de Emaús, Lucas presenta a Jesús dialogando y acompañando a dos caminantes. Durante la travesía, Él con su presencia viva, con sus palabras y acciones los fue transformando. Ellos huyeron de la muerte, pues como discípulos de un crucificado corrían su mismo riesgo. Estaban desilusionados de todo lo que había ocurrido con Jesús en Jerusalén, pero en la compañía del personaje que de incógnito se les acercó en el camino, se fueron tornando en personas gozosas, capaces de convertirse en testigos de lo que vivieron después de reconocer al Resucitado.

**3.2.1. Primera clave: *acercarse y caminar con la persona acompañada como lo hizo Jesús con los discípulos (Lc 24, 15b)*.** Para conocer un poco la situación de los jóvenes es necesario aproximarse a ellos, a veces en silencio, otras veces con palabras o con gestos, con delicadeza o con firmeza, pero siempre sin juicios previos. En un movimiento recíproco, también es importante dejar que ellos se acerquen. La cercanía va creando vínculos de fraternidad, de amistad y de verdadera acogida. En el mundo actual donde son cada vez más comunes y frecuentes los “amigos” virtuales, se necesita con mayor razón mantener y darle fuerza a los encuentros personales, porque ayudan a los jóvenes a conocerse mejor y a establecer vínculos más fuertes y duraderos.

Con el avance de la tecnología, la comunicación virtual se hace cada vez más rápida y eficaz, pero los verdaderos encuentros se tornan progresivamente más escasos, porque el “vértigo digital” aturde y fomenta el individualismo y el narcisismo centrado en la propia realización y

bienestar, lo cual debilita lo comunitario y la relación interpersonal que posibilita mirar al otro cara a cara, en un encuentro real y desde el corazón (González, 2014, p. 13), situación que contribuye al sinsentido de la vida. En relación con los encuentros Velasco (2007) afirma:

El encuentro es un acontecimiento tan raro como feliz que sucede en la relación entre las personas. Nos cruzamos los unos con los otros, nos tropezamos con frecuencia, pero sólo en muy contadas ocasiones nos encontramos (...), ningún encuentro resulta definitivo, conclusivo, sino que cuanto más vivamente es vivido más abre el horizonte hacia nuevos encuentros (pp. 33. 41).

El hecho de acercarse a cada persona depende del misterio que cada una encierra. Lo cierto es que el respeto, la compasión y la sinceridad, son un requisito para allegarse a todas en general. Como lo hizo Moisés (Éx 3, 5) al acercarse a la “tierra sagrada”. Cada persona es esa tierra en la que habita Dios y por eso es necesario “quitarse las sandalias” de todo aquello que puede profanarla. Esa debe ser la actitud del acompañante, aproximarse y ser un mediador que proporciona ayuda donde sea pertinente.

El acompañante se acerca y con su palabra y su testimonio, ayuda al acompañado a encontrarle sentido a su vida y misión. Él mismo debe descubrir y decidir “el retorno a Jerusalén”, es decir, el regreso a la comunidad y su lugar en ella.

Cada persona debe hacer su proceso según sus capacidades individuales, comprometiendo en ello su mente y su corazón. Avanzar con el otro es acompañarlo en su camino de vida, es hacerse peregrino en una relación de cercanía y alteridad, como lo hizo Jesús con los discípulos que representan a la comunidad de creyentes.

Él se allega hoy a cada persona y a cada comunidad para caminar siempre a su lado, por eso el evangelista coloca en boca de Jesús: “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Por esta razón, Jesús Resucitado es quien acompaña

plenamente, y el acompañante es quien propicia ese espacio de encuentro personal con cada acompañado.

Jesús se acercó y siguió caminando con los discípulos (Lc 24, 15). Ellos poco a poco fueron descubriendo su camino interior por los efectos que experimentaron en su corazón. Esto es lo que va descubriendo el acompañado en la medida en que abre su mente y su corazón a lo que Dios le va mostrando. Así, en lo que piensa, siente, escucha de la Palabra, de los sacramentos, en especial de la Eucaristía, en la oración, en la comunidad de hermanos y hermanas, recupera el sentido de lo que vive y del cómo debe actuar en adelante.

De hecho, para la primitiva comunidad, “más que entrar en una nueva religión, ‘hacerse cristiano’ era encontrar el camino acertado de la vida (...), tras las huellas de Jesús. Ser cristiano significaba para ellos ‘seguir’ a Cristo” (Moreno, 2014, p.47). Esta es la llamada que Jesús sigue haciendo hoy a los jóvenes, para pasar así de las tinieblas a la luz.

Los discípulos de Emaús estaban atrapados en su propia tristeza y si no hubiera aparecido Jesús, habrían avanzado hacia un abismo sin salida. Así están hoy muchos jóvenes, inmersos en la desilusión y en la desesperanza que se vive en el mundo actual. Ante esta situación, el acompañante se acerca y camina con el que está desesperanzado, sin camino y desorientado. Entonces la decisión de retornar a la comunidad se convierte en experiencia de salvación.

Acercarse y caminar con otros, preocuparse por lo que los entristece (Lc 24, 17) como lo hizo Jesús, implica paciencia, tiempo, donación. Se trata de interesarse por conocer la situación personal y familiar de cada uno para brindar una ayuda más eficaz. Es preciso conocer las características culturales de los países, de las personas que se acompaña, con el fin de que haya un mejor seguimiento. Esto se va logrando en el caminar diario, donde se vive el proceso de cada

persona, desde un acercamiento cálido y humano. Es muy importante utilizar el lenguaje del amor y la misericordia, al que todos son sensibles.

El ideal al cual apunta la Compañía de María, es el de que la persona sea el centro de la acción educativa. En este sentido se esfuerza por ofrecer una formación integral, con el fin de contribuir al desarrollo armónico de todas sus potencialidades. Para ello el acompañante en cuanto sea posible se aproxima, conduce el proceso de desarrollo y crecimiento de cada persona, es testigo cercano, capaz de escuchar y de hacerse guía. Busca que el estilo propio sea caminar con la persona acompañada en un clima de proximidad y afecto, señalando el horizonte y posibilitando que cada una recorra su propio camino (PECM, 2011, pp. 12.17-18).

El acompañamiento espiritual debe ser equilibrado, de tal manera que se conjuguen actitudes que favorezcan tanto el proceso como el llegar a la meta. El acompañante en su relación con el acompañado sabe mezclar la severidad con la dulzura, la suavidad con la eficacia y la caridad con la justicia, según los tiempos y lugares (Documentos Fundacionales de la Compañía de María [DF], Art. I, 5; cap. I, 6, pp. 70.138).

**3.2.2. Segunda clave: *preguntar*, como lo hizo Jesús, para conocer y darse a conocer (Lc 24, 17a; 19a).** Las preguntas tienen una finalidad concreta y es hacer claridad sobre un tema determinado. Las hay de diferentes tipos, pero lo que más interesa en este caso, es que sean claras, precisas, breves y liberadoras, para que sean realmente útiles y ofrezcan una ayuda acertada al acompañado.

Como Jesús, quien tomó la iniciativa tanto al acercarse como al empezar la conversación, el acompañante con sus preguntas sencillas y profundas, puede desencadenar un diálogo fecundo que le permita avanzar en el conocimiento de la situación del acompañado, y tocar su existencia para ayudarlo a entrar en sí mismo y hacerse consciente de lo que le sucede en su vida.

Un diálogo existencial puede surgir de una pregunta simple, oportuna, hecha en el momento preciso, en situación adecuada o inesperada. Puede ocurrir que el otro al ser interrogado exprese su vivencia más honda, o tal vez ni siquiera logre poner en palabras la situación que vive, porque el sufrimiento es tan profundo que ha bloqueado su existencia y necesita una voz que le ayude a expresar su propio dolor. Quizá en este caso preguntar sería una ofensa y lo más adecuado tal vez, acercarse simplemente en silencio y acompañar. Dejar que el otro “llore junto al sepulcro” (Jn 20,11). La paciencia, la compasión y la oración, pueden hacer mucho bien en esos momentos.

El acompañante al preguntar, facilita que el acompañado haga un alto en el camino y se responda a sí mismo y a su interlocutor, sobre lo que le sucede. En medio de las actividades diarias, es muy difícil que el acompañado tome un tiempo para entrar en sintonía con los interrogantes de su vida y los sentimientos que le van surgiendo. Por eso es necesario que propicie ese espacio como una gracia, para revisar lo que le sucede y ponga los medios necesarios para superar su situación.

El detenerse en el camino, en sentido metafórico, (capítulo uno, p. 32), puede expresar la parálisis interior que vivieron los discípulos por la crucifixión y muerte de Jesús. Es lo que sucede con muchos jóvenes en sus vidas. Ese bloqueo interno los puede disminuir de tal manera, que los destruye y los lleva a la desesperación y a la muerte.

Pero ese detenerse en el camino de la existencia, también se puede leer de otra manera. En el sentido de que el acompañado por su misma situación límite, reaccione, se mire a sí mismo, mire el ambiente que lo rodea, mire a sus semejantes y mire a Dios como su Padre bueno. Salir de sí mismo le permite darse cuenta de que su situación es semejante a la que viven muchos otros. Tal vez así la ve como menos dolorosa, y también descubre como el sufrimiento de otros le brinda la posibilidad de hacerse hermano. Dejará así de ser un ser aislado y triste. De esta manera

su situación se convierte en una experiencia de crecimiento y maduración personal, que le permite ayudar a otros y aprender también de ellos. En conclusión el sufrimiento lo hace más humano, más persona.

Detenerse y mirar, permite además aprender a escuchar el gemido propio y el de los otros. Así "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio" (Evangelii Nuntiandi, 41). Pero ese lamento se puede tornar en un canto de gozo y de liberación (Lc 1, 46-55), al sentir que Jesús habla en lo más profundo del ser, porque ha escuchado primero la situación de dolor que lleva dentro cada ser humano y se ha hecho prójimo de él.

El acompañante, al escuchar, capta "en el discurso del acompañado los contenidos, sentimientos y demandas que continuamente expresa de manera verbal y no verbal" (Arrieta, 2004, p. 31). Esto le permite conocerlo mejor y brindarle una ayuda adecuada y oportuna mediante el intercambio de ideas y de vivencias. De esta manera la conversación es provechosa cuando hay una buena escucha.

Con el diálogo sencillo a través de preguntas concretas, se va abriendo un camino en el corazón de los jóvenes y la posibilidad del conocimiento mutuo. Permite ahondar en su manera de pensar, conocer sus sentimientos, sueños, logros, problemas y desilusiones. Ellos al expresar su situación personal crecen en libertad interior, aprenden a manejar sus crisis y le van encontrando el sentido a su vida. Debe haber claridad y honestidad en las preguntas y en las respuestas, para que el acompañamiento sea más apropiado.

**3.2.3. Tercera clave: leer e interpretar la vida desde las Escrituras (Lc 24, 27).** Los discípulos recuperaron la alegría en el encuentro con Jesús Resucitado. Palabra y presencia viva de Dios Padre, quien les iluminó la existencia y les ayudó a leer su propia vida. Así el

acompañado va encontrando respuestas a sus interrogantes y tomando conciencia de que la clave de la transformación es encarnar la Palabra. De esta manera los demás la puedan leer y contagiarse de la fuerza y de la vida que encierra. Es camino de salvación para quien la quiere acoger, vivir y comunicar a sus hermanos en la fe.

El acompañante ejerce su misión de acompañamiento, desde la Palabra orada y compartida con el acompañado. Esta le devuelve el gozo y la esperanza, pues se convierte en camino que le permite avanzar en el seguimiento de Jesús. No sólo le ilumina, sino que también le cuestiona, le corrige, le amplía el horizonte, le acompaña y re-crea por dentro. Porque “la inclusión de la Palabra salva al maestro y al discípulo de quedar atrapados en lo puramente humano y afectivo; con ella sentirán además la fuerza que sobrepasa y enriquece la limitación de todo encuentro entre personas (...)” (Moreno, 2014, pp. 106-107).

Muchos jóvenes, al hacer una lectura negativa de los hechos, se desilusionan y pierden la esperanza. No le encuentran lógica al sufrimiento causado por tantas situaciones, quizá también porque han tenido experiencias muy dolorosas que no dejan espacio a la esperanza. Entonces el acompañante los debe orientar para que pasen de la oscuridad y la muerte, al gozo de la vida con el Resucitado, y de esta manera se sientan liberados por la experiencia pascual. Es muy importante que experimenten en su propia vida el camino de la cruz y de la resurrección en el seguimiento de Jesús.

La vida humana está tejida de gozo y de dolor. Y cada acompañado debe aprender a manejarla su situación personal, para crecer en sus distintas dimensiones y llegar así a la realización del proyecto de Dios en su vida. En este sentido la tarea del acompañante es guiar al acompañado a buscar su realización personal y comunitaria desde la vida y la misión que le corresponde.



A veces la Palabra no hace el efecto esperado, porque la persona no está en disposición para escuchar, para dejarse interpelar y cuestionar a fondo. Cuando lo hace, siente “arder” el corazón (Lc 24, 32), y el deseo profundo de volverse a su Señor. De este modo en el camino del seguimiento de Jesús, tanto acompañante como acompañado, experimentan que su existencia se va transformando con la Palabra de Dios. Su vida se torna gozosa y va cobrando sentido a nivel personal y comunitario. Por la fe, la Palabra se convierte en cada acompañado en una antorcha que ilumina, quema y lleva con mucha fuerza a iluminar a otros.

El acompañante guía al acompañado desde su experiencia vital, a partir de la Palabra. Es testigo de una transformación espiritual a medida que avanza en el camino, de la libertad interior que va adquiriendo, a partir de cada decisión bien tomada a la luz de la fe y de la Palabra. Ofrece al caminar existencial el ritmo sanador de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sana, libera y alienta a madurar en la vida cristiana (Evangelii Gaudium, 169).

#### **3.2.4. Cuarta clave: *nutrirse de la Presencia del Pan y de la Palabra (Lc 24, 30b).***

Compartir el pan material es una experiencia muy particular de comunión con los más íntimos. Invita a comunicar la propia historia en torno a la mesa. Pan que alimenta la vida física y es alimento espiritual que nutre y plenifica. Es el sentido de la palabra compañero, que “etimológicamente procede del latín ‘**cumpanis**’ (*cum: con panis: pan*), cuya traducción literal es ‘*con pan*’ dándole el significado de ‘*compartiendo el pan*’ o ‘*los que comparten el pan*’, ‘*comer de un mismo pan*’, llegando hasta nosotros como ‘**compañero**’” (López, 2014, p. 1).

Es una invitación tanto para el acompañante como para el acompañado, a ofrecer la vida como pan que se parte y se entrega para que todos puedan alimentarse. Se trata de entregar cada

día la propia existencia para alimentar la fe y la esperanza de la comunidad. Es convertirse en bendición y a la vez sentir la bendición de Dios derramada en el mundo. Esta donación sólo tiene sentido desde la comunidad reunida alrededor de Jesús Resucitado, quien se da constantemente como Pan de vida para alimentar a toda la humanidad.

Es necesario que el acompañado crea y supere el escándalo de la cruz, al descubrir la incomprensible lógica que encierra. De modo que el hecho de partir el pan se convierte en el momento decisivo del reconocimiento de Jesús Resucitado (Aguirre, 1994, p.98). Él hizo los mismos gestos que los discípulos ya le habían visto en otros momentos, tanto con ellos como frente a muchas otras personas que lo seguían. A Jesús le gustaba comer con la gente, y muchas cenas prepararon y ayudaron a entender la última.

El comportamiento de Jesús en la mesa se asimila a su actuación a las comidas comunitarias que hizo durante su vida terrena; algo semejante a la comida de los cinco mil (cf. Lc 9,16) o a la última cena con sus discípulos (cf. Lc 22, 19) (Dillmann & Mora, 2006, p. 566).

El acompañante debe valorar y vivir la Eucaristía no como un acto de culto simplemente, sino como celebración a partir de su relación personal con Jesús, y desde su experiencia puede guiar al acompañado a hacer su propio camino en este sentido. Este sacramento es la culminación de todos los sacramentos, porque lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo (Ecclesia de Eucharistia, 34). Esta experiencia de comunión con la Trinidad a través de la Eucaristía, se debe prolongar en la vida diaria. Es una clave fundamental para el acompañante y el acompañado, porque es una invitación a la unidad eclesial:

En el sacramento del pan eucarístico se representa y se reproduce la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo (Cfr. 1Cor. 10,17). Todos los

hombres son llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos (Lumen Gentium, 3).

Para que esa unidad en la Eucaristía sea efectiva, es necesario que el acompañante guíe al acompañado a reconciliarse consigo mismo, con los demás y con Dios. Puede suceder que en su situación concreta existan resentimientos profundos que quiten la paz interior. En este sentido acompañante y acompañado deben recordar que “la Eucaristía, al hacer presente el Sacrificio redentor de la Cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión (...)” (Ecclesia de Eucharistia, 37). Esta disposición para reconocer la debilidad humana, hace posible que la vida entera se vuelva a Dios, para descubrir y hacer siempre su voluntad.

Los primeros cristianos “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch 2, 42.46). De esta manera se acompañaban mutuamente, compartían la vida y la fe. Siguiendo este ejemplo, acompañante y acompañado, como miembros de la Iglesia, están llamados a mantenerse unidos a través de la liturgia. El sacramento de la Eucaristía, contribuye a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia (Sacrosanctum Concilium, 2).

Todo encuentro debe terminar en comunión: Maestro - discípulo, acompañado- acompañante, amigos en el Señor. El acompañante como creyente, necesita alimentar diariamente su fe a través de varios medios. Uno de ellos son los sacramentos. En esta clave se hace referencia específica a la Eucaristía. Este sacramento celebrado por los seguidores de Jesús de todos los tiempos, es el que constantemente actualiza su muerte y resurrección desde la experiencia vivida por sus primeros discípulos.

A partir de esta vivencia, el acompañante aprende a donar su tiempo guiando al acompañado, desde dos experiencias fundamentales: 1) sentir que el corazón “arde” al recordar el mensaje de Jesús, su actuación y su vida entera y 2) sentir que, al celebrar la Eucaristía, su persona alimenta, fortalece y consuela (Pagola, 2012, p. 349). Pero no basta celebrar únicamente el rito de la Eucaristía, sino que la vida del acompañante y del acompañado debe ir más allá, convirtiéndose en una donación permanente para los otros.

El acompañado debe avanzar hacia su propio interior para “abrir los ojos” de la fe y “reconocer” (Lc 24, 31a) a Jesús Resucitado en su propia vida. Para lograrlo es necesario que deje actuar a Jesús en su corazón en la Palabra y en la Eucaristía. Esta “es una verdadera comunión de mesa y, sin embargo, es nueva. En el partir el pan Él se manifiesta, pero sólo al desaparecer se hace realmente reconocible” (Ratzinger, 2012, p. 253). Se queda presente en la comunidad a través de la “la fracción del pan” (Hech 2,42) como el sacramento de su muerte y resurrección.

De este modo uno de los medios privilegiados a través de los cuales se hace presente Jesús Resucitado es la Eucaristía; por eso es fundamental que acompañante y acompañado celebren este sacramento y lo hagan vida en la entrega constante al servicio de sus hermanos.

**3.2.5. Quinta clave: saber *desaparecer*, para continuar presente de otra manera (Lc 24, 31b).** Cuando el acompañante haya realizado su misión de guiar al acompañado a través de un proceso personalizado, en el cual le ha brindado el espacio necesario para su encuentro personal con Jesús Resucitado, ya puede “desaparecer”. El acompañado está en la capacidad de seguir su camino con libertad y responsabilidad. Por lo tanto, la presencia del acompañante será entonces en otro sentido. Estará presente en la comunidad reunida por la fe y la esperanza, como miembro de la Iglesia y comprometido con el mismo Jesús.

Los discípulos ya no podían ver a Jesús de manera física, porque como resucitado ya no está en el plano del ver, sino del creer mediante los signos: relectura de las Escrituras y fracción del pan (Moitel, 1999, p. 19). Esta es la experiencia del acompañante y del acompañado, que como ellos, también pueden participar hoy de la misma gracia a través de la Eucaristía.

Lucas quiere expresar que la comunión con Jesús se experimenta en la cena del Señor. Si esto queda claro, todo está dicho: Jesús puede desaparecer ahora, pero siempre estará presente. Esta declaración explícita de la desaparición del aparecido es típicamente lucana: Lc 1,38; 2,15; 9,33; Hech 10,7; 12,10 (Lüdemann & Özen, 2001, p. 56).

La misión del acompañante es impulsar al acompañado a hacerse responsable de su propia vida. En este sentido debe desaparecer para que el otro pueda crecer en autonomía, descubriendo con gozo la presencia del Resucitado, quien le anima en sus luchas diarias. Así, el encuentro con Él, debe seguir animando la existencia de cada acompañado y alentarle a ver su vida, la vida comunitaria y el mundo en general con una mirada nueva y muy positiva, desde el gozo de la resurrección. En y desde Él, ya no hay espacio para la desesperación, porque cada situación por dolorosa que sea, se vive con sentido.

El acompañante debe retirarse en el momento oportuno para no crear dependencias, para permitir la autonomía y la responsabilidad del otro frente a su propia existencia. Hacerse necesario es impedir la madurez humana y espiritual del acompañado, que debe saber encontrar a su acompañante y establecer con él una relación de amistad en libertad.

Un acompañamiento se debe hacer solamente durante el tiempo necesario, para que el acompañado pueda adquirir los elementos adecuados que le permitan tomar conciencia de su situación personal, leerla desde la fe y convertirse en testigo de Jesús Resucitado. El acompañado

debe aprender a confiar en sí mismo, en los demás y sobre todo en Dios, porque Él es quien lo acompaña y sostiene constantemente con su amor y gracia.

El reconocimiento de Jesús Resucitado es clave, puesto que el acompañado quizá no vea los acontecimientos relacionados con el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús como una profecía anunciada desde el Antiguo Testamento. Tienen cerrados los ojos del entendimiento (Lc 24, 16), por eso aunque camine con Él, no lo reconoce. Puede ocurrir que el acompañado parezca avanzar en su proceso, pero quizá se estanque, porque se puede quedar en la superficie y no ir al fondo de su situación real. Para hacerlo, el acompañante debe ayudarle con firmeza y compasión, a abrir los ojos a su propia situación, por muy dolorosa que ésta sea.

Eso le permite reconocerse a sí mismo en el otro, en el ambiente que lo rodea y muy especialmente en el Otro. El acompañante es quien en verdad le da la posibilidad de reconocerse como ser humano valioso, como hijo de Dios, como hermano de los otros, y corresponsable de la misión que se le ha confiado como miembro de la Iglesia.

Después de vivir la experiencia del acompañamiento, en la que el acompañado toma conciencia de la presencia del Resucitado en su vida, comunica lo que le ha acontecido y se convierte en testigo de la obra de Dios en él. Ya está convencido de la resurrección, y no puede menos que convertirse en misionero de esta Buena Nueva y regresar (Dillmann & Mora, 2006, p. 567) a su familia, al grupo parroquial, a su lugar de trabajo, a su barrio.

El acompañado ha hecho un recorrido en el camino espiritual, y conoce ya “los pasos decisivos necesarios y la meta a la que debe aspirar el discípulo” (Moreno, 2014, p. 55). Se vuelve para formar parte activa y comprometida de una comunidad que en su misión de evangelizar:

Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene

mucho de paciencia, y evita maltratar límites. Fiel al don del Señor, también sabe “fructificar” (Evangelii Gaudium, 24).

Por eso, a medida que las personas van avanzando en su proceso de acompañamiento, es necesario dejar progresivamente que cada uno actúe con libertad y responsabilidad, que oriente su vida según lo que ha descubierto y busque siempre hacer la voluntad de Dios.

Las claves anteriores tomadas del relato de Emaús, permitieron acercarse a la manera cómo Jesús con su presencia viva y sus acciones, acompañó a dos discípulos en su proceso de fe en el seguimiento del Maestro. Jesús fue su guía, y los discípulos se sintieron transformados internamente por Él, quien se les reveló y los convirtió en sus testigos.

### **3.3. Tocados por el Espíritu del Resucitado (Lc 24, 32b)**

En el proceso de acompañamiento hay una responsabilidad compartida entre acompañante y acompañado. Por lo tanto, durante el proceso mencionado, van surgiendo experiencias de crecimiento espiritual desde la relación personal con Jesús Resucitado. El acompañado, al tomar conciencia de que es habitado por Él, y de lo que le ha sucedido internamente, se convierte en su testigo y cuenta lo sucedido en su vida, para ayudar a otros en su camino de fe en el seguimiento de Jesús.

A lo largo del proceso de acompañamiento, los jóvenes sienten que su vida se va transformando a través del encuentro personal con Jesús, de tal manera que pueden expresar que arde su corazón al calor de la Palabra y de la Eucaristía, de su cercanía con Él, de sentirlo caminar a su lado, de experimentar la libertad en su vida, el gozo y la alegría, de recuperar el sentido de la existencia.

El acompañamiento es un proceso de conversión, sin embargo, donde se ve su fruto, es cuando el acompañado vuelve a la comunidad, a su familia, a su grupo de amigos, a su ambiente

cotidiano, para dar testimonio de lo que ha vivido. Puede partir de su experiencia para guiar a otros-as en el viaje de la vida. Se ha convertido en hermano del Resucitado y en hijo de un mismo Padre.

El acompañado hace un viaje hacia su propio interior, y así se convierte en testigo del Resucitado. Para ello debe dejar que el Caminante se le acerque, que camine con él, le pregunte y a la vez contestar a sus preguntas, narrar lo sucedido en el camino de la propia historia, dejar iluminar su vida por las Escrituras, partir el pan con Él, y finalmente verlo desaparecer, pero descubrir a la vez que está presente en su vida, de otra manera.

El acompañado vive una doble apertura; la de los ojos para comprender el sentido de la cruz y reconocer en Jesús al Señor resucitado, y la apertura de su comprensión del significado de las Escrituras (Aguirre, 1994, p. 98). Esta apertura la expresa en su compromiso de vida en la Iglesia local de la cual es miembro.

### **3.4. Contarlo sucedido en la propia vida (Lc 24, 33a)**

No se trata de contar solamente la experiencia vivida, sino de respaldarla con la propia vida. Por eso el acompañado después de realizar esta vivencia de acompañamiento, se vuelve a su lugar habitual para dar testimonio de lo que le ha acontecido. Él ahora ya sabe a dónde debe ir y se apresura. Ya dio los pasos necesarios para llegar a este momento decisivo, incorporarse al grupo y así, convertirse en testigo del Resucitado. Sólo de esa manera palabra y vida se conectan y producen el efecto deseado: convertirse en testimonio vivo de la liberación interior, y provocar la experiencia en otras personas.

El acompañado ya está convencido de la resurrección y no puede menos que convertirse en misionero de esta Buena Nueva (Dillmann & Mora, 2006, p. 567). La experiencia de Jesús Resucitado que vive el acompañado y todos los miembros de la comunidad en la cena del Señor,



queda confirmada por la primitiva confesión cristiana: Jesús ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a Simón. En esta primitiva confesión de fe descansan todas las demás experiencias pascuales (Lüdemann & Özen, 2001 p. 57).

Para contar lo sucedido en su vida, el acompañado debió hacer un camino largo en el que experimentó la desolación profunda, se vio al borde o en el abismo, pero sintió que Jesús Resucitado se acercó a él, buscando el encuentro personal desde lo más profundo de su ser, a través de mediaciones humanas concretas como su familia, su grupo de amigos, su misma situación, su acompañante.

El acompañado aprendió a reconocer la cercanía de Jesús dentro de sí, y caminando a su lado, especialmente en los momentos de mayor sufrimiento y dolor. Sintió que la felicidad no consiste en la ausencia de problemas en la vida, sino en vivirlos con sentido desde la fe en el Resucitado. Esto lo motivó a hacer lo mismo con sus prójimos. Acercarse especialmente a aquellos a los que creía imposible hacerlo, quizá porque los consideraba sus enemigos.

Comprendió la importancia de fomentar el diálogo sincero, partiendo de preguntas sencillas y respetuosas, dirigidas a sus semejantes para propiciar el conocimiento mutuo. Para lo cual es necesario buscar el momento oportuno que asegure el encuentro eficaz y armonioso entre semejantes.

Al crecer en la fe, supo que Dios habla de muchas maneras. Una de ellas se refiere a las Escrituras. Éstas señalan el camino querido por Él desde los antepasados, y es una propuesta de vida para los creyentes de hoy y de todos los tiempos.

Comprendió también que la Eucaristía no es solamente la celebración de un rito quizá frío y lejano, sino la donación diaria y total de la vida que parte de la relación personal con Jesús, una vida que se ofrece como el pan al servicio del prójimo, que se gasta por el otro en el que reconoce al Otro.

Reconoció que el Acompañante por excelencia es Jesús, pero también la importancia de acompañarse mutuamente unos a otros como creyentes, sabiendo que cada uno necesita un espacio de libertad personal para asumir su responsabilidad propia. Por tal motivo es necesario el acompañamiento, pero es pertinente saber también tomar distancia y fomentar la autonomía.

Se ha intentado una aproximación al relato de Emaús, porque el acompañamiento espiritual es muy importante para la Compañía de María. Es el ejercicio propio de su vocación a la educación en la fe. Desde sus comienzos Juana de Lestonnac vivió esta experiencia como mujer y como fundadora de la Orden. Ella también tomó consciencia de que la vida es un viaje lleno de encrucijadas. Por lo tanto, es necesario escoger un guía que lleve con más seguridad a la realización de la persona, desde la fe puesta en Dios y en su voluntad (RC, 2006, p. 11).

### **3.5. Santa Juana de Lestonnac y el acompañamiento espiritual**

La situación vivida por Juana de Lestonnac en el monasterio Cisterciense de las religiosas Feuillantinas de Toulouse, conocida como “la Noche del Císter”, se convirtió en la experiencia fundacional de la Compañía de María. Noche en la cual “(...), vio un gran número de jóvenes a punto de caer en el abismo<sup>11</sup> (...), y comprendió que era ella quien debía tenderles la mano” (PECM, 2011, p. 10).

Después de su experiencia vivida en dicho monasterio, Juana de Lestonnac llegó a Burdeos - Francia (su ciudad natal), a comienzos del año 1604. Allí posteriormente se hizo guía de algunas jóvenes que habían acudido a ella, movidas por su virtud y por sus palabras. Con ellas compartía sus proyectos, las acompañaba y orientaba en sus inquietudes. En una ocasión las invitó a formar una Compañía de jóvenes con el fin de acrecentar la gloria de Dios por medio de la enseñanza (HO, 1964, pp. 65.71).

---

<sup>11</sup> En la Historia de la Orden la palabra abismo aparece con el término infierno.

De esta manera en el proceso de discernimiento para la búsqueda y después en la fundación de la Orden de la Compañía de María, los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola, acompañaron a Juana de Lestonnac en la maduración de su fe (HO, 1964, p. 81), y le ayudaron a guiar a otras personas. El interés principal de la Iglesia en aquel tiempo, y concretamente de los jesuitas, era devolverle a Francia la fe amenazada por el calvinismo. Esto no podría lograrse sino a partir de un esfuerzo por el diálogo espiritual, del que los seguidores de Ignacio de Loyola eran maestros, desde el carisma de Ignacio del discernimiento de espíritus (EE, Nos. 313. 328).

Comprometida con la situación histórica de su época, se valió de sus acompañantes, los padres jesuitas Mesnage, Marguestaud, Raymond y especialmente Juan de Bordes (HO, 1964, pp. 70. 73-88), para centrar su misión educativa en las jóvenes, con el fin de brindarles una formación integral y así guiarlas hacia el encuentro con la persona de Jesús. Lo hizo con sus hermanas religiosas y con los laicos que Dios puso en su camino.

Así nació la Compañía de María en Burdeos (Francia), y fue aprobada el siete (7) de abril del año 1.607 mediante el Breve “Salvatoris Et Dómini”, expedido por el Papa Paulo V (HO, 1964, pp. 91-93). Desde allí Juana de Lestonnac, acompañó a través de sus cartas a las diferentes comunidades que surgieron en distintos lugares de ese país. Ella cultivó la relación con estas comunidades con el fin de seguir comunicándoles el espíritu del Instituto, y de asegurar la unidad porque las casas eran autónomas. También para mantener la relación personal con las religiosas y cultivar la amistad que tanto valoró. De esta forma las aconsejó, animó, reavivó el entusiasmo apostólico, las corrigió fraternalmente, trató cuestiones financieras, relaciones con la Iglesia, y muchos otros asuntos (De Boisse, 2015, p. 17).

Juana de Lestonnac ya como fundadora de la Orden que Dios le había inspirado, y consciente de los peligros que se encuentran al hacer un viaje terrenal, para el cual se busca una

persona experimentada, consideró de gran importancia tomar también un guía para efectuar un viaje espiritual:

Si los que emprenden un viaje largo y peligroso, creen necesario el tomar un guía que los lleve al lugar que pretenden con mayor presteza, comodidad y seguridad, con más razón, deben las almas que emprenden el viaje de la perfección cristiana por las sendas de la Religión, tomar y elegir un guía que, con seguridad, las conduzca por ese camino áspero, difícil y lleno de emboscadas del enemigo, que embiste con más osadía y fuerza a las personas de quienes pretende obtener un botín mayor. (RC, 2006, pp. 11-12).

Teniendo en cuenta que el viaje de la vida es difícil y presenta muchas dificultades, santa Juana ofreció esta guía, como la senda que han de recorrer las religiosas de la Compañía de María para llegar a su meta: ser mujeres nuevas (RC, 2006, pp. 11-12). Esta formación es la manera propia de vivir el evangelio desde la cual ella acompañó a sus hermanas de comunidad, y a todas las personas que encontró a lo largo de su existencia.

Guiada por el Señor en el camino de su vida, santa Juana sintió con fuerza los efectos de la presencia del Resucitado en su vida, se hizo su discípula y se convirtió en guía para otros. Con las que sintieron el llamado a la vida religiosa, ofreció su vida para acompañar educativamente a varias generaciones de jóvenes que asistieron a sus colegios.

Un ejemplo de ello, fue la manera cómo Juana de Lestonnac acompañó a Susana de Briançon, joven calvinista, hasta llevarla a descubrir su vocación a la Compañía. Juana en un comienzo se limitó a darle unos consejos y surgió entre ellas una relación de amistad. Años más tarde Susana fue admitida a la Orden. Ya como novicia, vivió una situación muy difícil y que poco a poco pudo superar. Juana entonces la observaba de cerca y oraba por ella, esperando que diera el paso de contar lo que le sucedía. Cuando Susana se acercó para decirle que deseaba

seguir en la Compañía, Juana se dio cuenta del cambio tan brusco y moderó sus deseos, pero como vio que se mantenía en su propósito de responder a la vocación a la cual se sentía llamada, se alegró inmensamente, y así esta joven se incorporó definitivamente a la Orden (HO, 1964, pp. 137- 142). En este acompañamiento se puede observar como Juana de Lestonnac, aplicó unos criterios mediante los cuales se fue acercando a la realidad de la joven Susana:

1. Practicó el “arte de conversar” (Soury–Lavergne, 1984, p. 55). De esta manera fue conociendo su manera de pensar. Susana “era una de las jóvenes más adeptas al Calvinismo” (HO, 1964, p. 137), sin embargo Juana supo dialogar con ella siendo las dos de diferente religión. Eso muestra la apertura de su mente y de su corazón, para acoger a las personas que piensan diferente y más aún, que están convencidas de sus ideas como ésta joven.

2. Ofreció su amistad sincera siguiendo la influencia de su tío Miguel de Montaigne, para buscar un conocimiento directo de ella como persona, y encontrar lo que tenía de único y de incomparable (Soury–Lavergne, 1984, pp. 52-53). No se trataba de convencerla, sino simplemente de relacionarse en el plano de la amistad que como gracia surgió entre las dos.

3. Acompañó en silencio y oró por ella, porque lo vio necesario según las circunstancias que Susana estaba viviendo. Se destaca también aquí la libertad con la que obró, dejando que la otra tome sus propias decisiones. Un silencio cargado de contenido humano y de mucho respeto por la persona, para ayudarla a madurar partiendo de su propia experiencia de vida.

4. Acogió y escuchó con serenidad lo que la joven le dijo sobre su situación personal y su deseo de seguir en la Orden. Le dijo “conserva esa decisión” (HO, 1964, p. 141), pero no se apresuró en darle una respuesta sin analizar primero lo que había sucedido en el corazón de la joven.

5. Moderó los ímpetus de Susana que después de superada su crisis, apremió a Juana de Lestonnac para que “fijara el día de la profesión” (HO, 1964, p. 141). Le sugirió que debía

esperar un poco más de tiempo para ese acontecimiento tan importante en su vida. El cual se realizó en su debido momento.

De este modo Juana de Lestonnac vivió la experiencia de ser acompañada y de acompañar a lo largo de su vida, en sus diferentes estados. Esto le dio la posibilidad de relacionarse con muchas personas, tanto jóvenes que acudían buscando educarse en sus colegios, como las que sentían vocación a la vida consagrada.

Siguiendo este ejemplo de santa Juana, la Compañía de María, busca preparar a la persona “para afrontar las situaciones nuevas y los desafíos que la realidad presenta, desde unos principios éticos y evangélicos” (PECM, 2011, p. 15) que le permitan enfrentar con sentido la realidad en la que vive, y a la vez ayudar a otros a encontrar el sentido de sus vidas.

Su legado sigue siendo hoy “ofrecer una educación humanista cristiana que, desde el diálogo fe-justicia, fe-cultura, fe-ciencia y tecnología, incida en la formación integral de las personas y en la transformación de la sociedad” (PECM, 2011, p. 5), a través del acompañamiento espiritual especialmente de los jóvenes, que quieren hacer o profundizar en la experiencia de relación personal con Jesús.

### **3.6. Conclusión**

En el presente capítulo se desarrollaron algunos subtemas relacionados con el acompañamiento espiritual dirigido en particular a los jóvenes. Por esta razón se hizo referencia en primer lugar a la situación de sin sentido que con frecuencia viven las nuevas generaciones, para lo cual se hace necesario un acompañamiento adecuado. En segunda instancia se hizo una relectura del relato de Emaús en clave de acompañamiento y finalmente se habló de Juana de Lestonnac y su experiencia de acompañamiento espiritual.

El mundo en el cual están inmersos los jóvenes, está lleno de contradicciones, de situaciones difíciles, de angustia, de dolor, de muchas circunstancias que conducen a la desesperación, al sin sentido de la vida y al vacío existencial. Por eso es tan importante que ellos se sientan acompañados espiritualmente, que el encuentro con un discípulo, una discípula testigo del Resucitado, les ayude a encontrar una luz en su vida.

Las claves presentadas en este capítulo pueden ser utilizadas para orientar al acompañado, como una manera de propiciar en éste, el encuentro con Jesús Resucitado, también como un camino en su seguimiento. Jesús fue muy claro y firme en las palabras, gestos y acciones utilizadas con los discípulos. Así mismo el acompañante, debe tener muy presentes las claves con las cuales guía al acompañado para orientarlo. Este por su parte, como los discípulos, también debe mostrar actitudes de acogida, escucha, apertura, fraternidad y disposición para un cambio, con el fin de llegar a ser un verdadero testigo del Resucitado. El acompañamiento busca que cada persona sea ella misma, quien mirándose en la persona de Jesús reconozca a los otros como hermanos.

Un ejemplo concreto de testimonio del seguimiento de Jesús, fue Juana de Lestonnac. Ella experimentó que Dios guiaba su vida a través de diversos medios, especialmente de personas que supieron acompañarla tanto a nivel personal como respecto a la misión educativa. Desde su experiencia humana y espiritual, se convirtió en guía de sus primeras compañeras, también buscó la ayuda de guías espirituales, tanto para sí misma como para la comunidad y para las mujeres que fueron agregándose a la nueva Orden.

Juana de Lestonnac durante su vida, tuvo la experiencia de ser acompañada y de acompañar a otros. Primero por su padre Ricardo y su hermano Roger (quien después fue jesuita), así como por su tío Miguel de Montaigne, en el proceso de elección y confirmación en su fe católica frente a la confesión calvinista de su madre. Posteriormente en su opción por el

matrimonio, como después por los padres cistercienses, y por último los jesuitas, en especial Juan de Bordes, en su misión de fundadora de una Orden para la educación de la mujer(HO, 1964, pp. 36-81).

La Compañía de María, siguiendo el ejemplo de Juana de Lestonnac, acompaña a las personas tanto al interior del Instituto, como a nivel de la misión educativa que desarrolla y las claves que ofrece el texto de Emaús, enriquecen la manera de hacer este acompañamiento.



#### 4. CONCLUSIONES GENERALES

Los tres capítulos presentados: un relato en cinco etapas, en la metáfora del camino, y el acompañamiento espiritual en la Compañía de María, a la luz del relato de Emaús; trataron de esbozar una manera de leer el texto (Lc 24, 13-35). Éste fue escrito en el contexto de la resurrección de Jesús, y es tan rico e interesante, que muchas personas se han acercado a él, para expresar diferentes opiniones sobre su significado y cómo puede iluminar la vida desde diversos enfoques. El interés del trabajo presente, fue motivar a su lectura, a interpretarlo y sobre todo a vivirlo, siguiendo algunas claves de acompañamiento espiritual propuestas para este propósito.

Precisamente el objetivo que orientó este trabajo fue descubrir unas claves en el relato de Emaús, para guiar dicho acompañamiento. Fue necesario para ello seguir una metodología, en este caso, el análisis narrativo, una lectura teológica y una aplicación pastoral del texto.

Aproximaciones que permitieron resaltar por un lado la presencia viva y las acciones de Jesús Resucitado, que transformaron la vida de los discípulos, y por otro, la manera cómo éstos vivieron su proceso de fe en el seguimiento del Maestro.

Desde el análisis narrativo fue posible observar cómo los diferentes elementos propuestos por el narrador, para el desarrollo del relato como el tiempo, el lugar, los personajes y el tema, permitieron acercarse a la manera de actuar de Jesús como Acompañante de dos discípulos, y la respuesta de éstos desde su vida.

La situación inicial consistió en que ellos se alejaron de la comunidad reunida en Jerusalén después de la crucifixión y muerte de Jesús. A partir de allí el narrador desarrolla el relato con las distintas situaciones que experimentaron los personajes, hasta cuando los dos discípulos volvieron a la comunidad que dejaron en Jerusalén. Fue una experiencia profunda de acompañamiento humano y espiritual, que les permitió recuperar el sentido de sus vidas.

Jesús y los discípulos aparecen caminando, este es el movimiento predominante en el relato. De manera simbólica muestra su avance en la travesía de la vida. También los movimientos muestran situaciones internas vividas especialmente por los discípulos, quienes pasaron de la tristeza al gozo, de los ojos cerrados a su apertura, de la dureza del corazón a experimentar que ardía, de la desconfianza a la fe, de no reconocer al reconocimiento y de la huida al regreso. Fue una experiencia de muerte y resurrección. Jesús se les reveló al partir el pan y ellos por fe, lo reconocieron para después anunciar lo que habían visto y oído.

Lucas se vale de la imagen del camino, muy utilizada en el Antiguo Testamento, tanto en sentido propio como figurado, y pone a Jesús y a sus discípulos (no sólo los de Emaús, sino todo el grupo) a caminar desde Galilea hasta Jerusalén. Este avance geográfico parece indicar su caminar humano y espiritual.

De esta manera el evangelista caracteriza un discipulado itinerante (Lc 9, 2-3. 6; 10, 1. 4; 22, 35). El camino de seguimiento de Jesús necesita una constante búsqueda del Maestro y Amigo. Cada paso marcado en el sendero existencial, muestra el hecho de que el discípulo debe construir su proyecto personal de cara a Jesús a quien sigue. Tiene una responsabilidad individual y comunitaria con los compañeros de discipulado.

Así como en un camino geográfico se avanza paso a paso hasta alcanzar el punto de llegada. En el sendero de la vida igualmente, cada discípulo tiene la libertad, y a la vez la responsabilidad de hacer su propio camino. Cada uno debe hacerse responsable de su vida.

Jesús hizo una invitación a varias personas y ellas en libertad lo siguieron y se hicieron sus discípulas. Él les señaló unas exigencias inherentes al llamado, que comprometía totalmente sus vidas para trabajar por el Reino de Dios y en servicio a los hermanos.

Teniendo en cuenta la pregunta inicial del trabajo: ¿cuáles son los elementos claves para descubrir el paso de la desilusión al gozo de la resurrección vivido por los dos discípulos?, se

destacaron en el capítulo uno (pp. 22-23. 25. 27-30), algunas palabras que muestran las acciones de Jesús con respecto a los discípulos: 1) **acercarse** y **caminar** a su lado (Lc 24, 15), 2) **preguntar** (Lc 24, 17), 3) **explicar** las Escrituras (Lc 24, 27), 4) **partir** el pan (Lc 24, 30) y 5) **desaparecer** de su vista (Lc 24, 31).

En el capítulo dos (pp. 53-55) se retomaron estas palabras en relación con el proceso de seguimiento de los dos discípulos desde la metáfora del camino, señalando su paso de la desilusión al gozo en su encuentro con la persona de Jesús Resucitado.

En los capítulos uno y dos, el Acompañante es el mismo Jesús y los acompañados son los discípulos de Emaús. En el capítulo tres el acompañante es la persona encargada de guiar en este caso a los jóvenes (acompañados), quienes son la prioridad en el campo educativo de la Compañía de María. Aquí se hizo la aplicación pastoral de las palabras mencionadas tomándolas como claves para el acompañamiento espiritual (pp. 67-80).

Viendo la situación de sin sentido de la vida como un abismo de desesperación, donde caen o pueden hundirse muchos jóvenes, se tomó del relato de Emaús las mencionadas claves, para hacer un acompañamiento espiritual que les posibilite levantarse y vivir la experiencia pascual en la relación personal con Jesús Resucitado.

Dicha situación se complica cuando estos jóvenes se alejan de su familia, del grupo de amigos, de Jesús, y cierran sus ojos y su corazón al proyecto de salvación que Él les ofrece. Esa ruptura los lleva a la desilusión y a alejarse de su prójimo. Entonces surgen las discusiones y los problemas a veces irreconciliables. Llega el dolor, la desgracia y la muerte. Ya nada tiene sentido, todo acaba.

Pero en medio de esta situación de oscuridad, Jesús se “acercas y camina” (Lc 24, 15) con cada joven, aunque éste quizá ni lo percibe. Lo hace a través de personas concretas, de situaciones cruciales, de llamadas interiores, de hechos cotidianos o quizá inesperados, de su

acompañante. Pregunta en lo más profundo de su ser: “¿por qué llegaste a este punto?, ¿qué pasó?, ¿cómo salir de allí?” El acompañado descubre estos interrogantes en el viaje realizado a su interior y empieza a tomar conciencia de su situación.

La persona acompañada recapacita y paulatinamente va descubriendo en su vida, la acción transformadora de Jesús que la cambia desde dentro, ilumina su vida con la Palabra y la nutre con el pan (Lc 24, 27. 30). Experimenta el gozo profundo de la resurrección, ha pasado de la oscuridad a la luz, es pascua en su corazón. Es una persona nueva internamente aunque quizá, externamente no se vea nada extraordinario, sin embargo siente la certeza de que Jesús siempre está presente.

Como consecuencia de ese cambio interior, el acompañado siente la necesidad de comunicar a otros lo que le ha sucedido. Expresa con sus palabras y con su vida la experiencia vivida, para que otras personas también puedan experimentar lo mismo. Es el gozo de sentirse acompañadas por Jesús Resucitado y de cuidar su encuentro con Él y con los otros.

Siente la convicción de la presencia de Jesús Resucitado en todo lo que le rodea, de manera especial en las personas. Valora la comunidad, la familia, el grupo de amigos, las personas en general. Compromete su vida en la construcción y fortalecimiento de la comunidad como miembro de la iglesia y busca que todos puedan acompañarse mutuamente como hermanos y hermanas.

Aunque sabe y ha experimentado que el caminar humano y espiritual no es fácil, pues el mal sigue presente en el mundo destruyendo y causando la muerte. Sin embargo, lo anima la esperanza de la fe en Jesús Resucitado que lo acompaña siempre, y le da fuerza para vencer en el combate diario.

Así reconoce la compañía de Dios como un regalo que viene desde siempre a través de los antepasados en la fe, de sus vidas cargadas de sentido, de sus luchas, y ahora de manera plena y

perfecta a través de su Hijo Jesús. Es el Camino (Jn 14, 6) seguro para llegar al Padre, sabiendo que Él es quien le da sentido a cada ser humano. Vida y muerte se conjugan, pero la vida triunfa para quien cree en el poder de Aquel que venció la muerte.

El desarrollo de este trabajo fue un viaje muy interesante. Permittedentrarse en la manera cómo Jesús busca y conduce a los seres humanos en el Emaús de sus vidas. Es motivo de gozo profundo saber y sentir por fe, que este Compañero de camino siempre está presente de muchas maneras, pero de modo particular en la comunidad reunida en torno a Él, que se nutre de la Palabra y del pan de vida.

Como se mencionó al comienzo de estas conclusiones, el relato de Emaús es un tesoro que no se agota. Queda el compromiso de seguir profundizando en su estudio desde otras perspectivas y con diferentes metodologías, buscando descubrir su riqueza para orientar la vida en seguimiento de Jesús.

## REFERENCIAS

- Aguirre, R. (1994). *La mesa compartida. Estudios del NT desde las Ciencias Sociales*. Santander, España: Editorial Sal Terrae.
- Aguirre, R., Bernabé, C. & Gil, C. (2014). *Guías de lectura de los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas*. Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Aland, K., Black, M., Martini, C., Metzger, B., & Wikgren, A. (1994). *The Greek New Testament* (GNT, 27a Ed.). Stuttgart, Alemania: German Bible Society.
- Aletti, J. N. (1992). *El arte de contar a Jesucristo: lectura narrativa del evangelio de Lucas*. Salamanca, España: Editorial Sígueme.
- Alonso Schökel, L. (2006). *La Biblia de nuestro pueblo. Biblia del peregrino. América Latina*. Bilbao, España: Ediciones Mensajero, S.A.U.
- Arnold, S. P. (2001). *Lo que decían de Él las Escrituras*. Medellín, Colombia: Paulinas. Grupo Editorial Latinoamericano.
- Arrieta, L. (2004). *Acoger la vida, acompañando la vida. El acompañamiento en la vida cotidiana* (3 ed.). Vitoria, España: Editorial Frontera.
- Biblia de Jerusalén. (2009). (4 ed.). Bilbao, España: Editorial Desclée De Brouwer, S.A.
- Boff, L. (1991). *La Santísima Trinidad es la mejor comunidad*. Bogotá, Colombia: Ediciones Paulinas.
- Bovon, F. (2005). *El Evangelio según san Lucas. Lc 1, 1-9, 50* (Vol. I, 2 Ed.) (Trad. A. Ortiz García). Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Burgués, J. (2013). Una práctica de análisis narrativo. *Revista Analecta Calasanctiana, LXXIV* (109), pp. 133-145.

- Cardona, H. D. (2006). *Los Hechos de los Apóstoles. Discípulos para la misión* (Colección Quinta Conferencia. Biblia 6). Bogotá, Colombia: CELAM, San Pablo, Paulinas.
- Castillo, J. M. (2006). *Jesús y el evangelio* (Formación Bíblica 17). Asunción, Paraguay: CEPAG.
- Cerero, M. (Trad.) & De Azcárate, I. (1964). *Historia de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora*. (Tomo I). San Sebastián, España: Ediciones Lestonnac.
- Concilio Ecuménico Vaticano II. (1965). *Constitución Dogmática "Lumen Gentium" sobre la Iglesia*. Colección *Iglesia en el mundo 4*. Bogotá, Colombia: Ediciones Paulinas.
- Concilio Ecuménico Vaticano II. (1965). *Constitución Dogmática "Sacrosanctum Concilium" sobre la Sagrada Liturgia*. Colección *Iglesia en el mundo 4*. Bogotá, Colombia: Ediciones Paulinas.
- Conzelmann, H. (1974). *El centro del tiempo. La Teología de Lucas*. Madrid, España: Ediciones Fax.
- De Boisse, C. C. (2015). *Juana de Lestonnac. Cartas*. (Trad. V. Riera). Roma, Italia: Ediciones Lestonnac.
- Dillmann, R. & Mora, C. A. (2006). *Comentario al evangelio de Lucas. Un comentario para la actividad pastoral*. Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Egger, W. (1990). *Lecturas del Nuevo Testamento. Metodología lingüística histórico-crítica*. (Trad. C. Ruiz-Garrido). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. (1977). Recuperado de [http://www.cristorey.org/pdfs/ej\\_espirituales\\_textos.pdf](http://www.cristorey.org/pdfs/ej_espirituales_textos.pdf)
- Fitzmyer, J. A. (1986). *El Evangelio según Lucas I. Introducción general* (Trad. D. Mínguez). Madrid, España: Ediciones Cristiandad, S.A.

- Fitzmyer, J. A. (2006). *El Evangelio según Lucas IV. Traducción y comentario* (Trad. D. Mínguez). Madrid, España: Ediciones Cristiandad, S.A.
- Flichy, O. (2002). *La obra de Lucas* (Cuadernos bíblicos No. 114) (Trads. P. Barrado & M. P. Salas). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Francisco. (2013). *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*. Roma, Italia: Librería Editrice Vaticana.
- Franquesa, P. (1964). *Enciclopedia de la Biblia*. (Volumen II). Barcelona, España: Ediciones Garriga, S.A.
- Gaitán, T. (2004). El día que Eliseo recogió el manto de Elías. *Revista Cuestiones Teológicas*, 31(75), pp. 161-185.
- Gaitán, T. (2006). Métodos de interpretación de la Biblia. *Revista Cuestiones Teológicas*, 33(79), pp. 147-162.
- Giroud, J. C. & Panier, L. (1988). *Semiótica. Una práctica de lectura y de análisis de los textos bíblicos*. (Cuadernos bíblicos 59) (Trad. N. Darrical). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- González, B. (2014). El desafío de crear la novedad de Dios en la cultura global. En: *Portadoras y portadores de creatividad evangélica en nuestro mundo* (pp. 11-15). Orden de la Compañía de María N.S. Roma: Ediciones Lestonnac.
- Gros, A. (1964). *Yo soy el camino. Temas bíblicos 2. El tema del camino en la Biblia* (Trad. J. L. Ballines Covian). Madrid, España: Ediciones Cristiandad.
- Grün, A. (2007). *La oración como encuentro*. Madrid, España: Narcea. Recuperado de: <https://goo.gl/OF51kl>
- Guijarro, S. (2012). *Los cuatro evangelios* (Biblioteca de Estudios bíblicos 124). Salamanca, España: Ediciones Sígueme.



- II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (1968). *Documento Conclusivo*. Medellín. Recuperado de [http://www.celam.org/conferencia\\_medellin.php](http://www.celam.org/conferencia_medellin.php)
- IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (1992). *Documento Conclusivo*. Santo Domingo. Recuperado de [http://www.celam.org/conferencia\\_domingo.php](http://www.celam.org/conferencia_domingo.php)
- Juan Pablo II. (2003). *Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia*. Recuperado de [http://www.vatican.va/holy\\_father/special\\_features/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_20030417\\_ecclesia\\_eucharistia\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/special_features/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_20030417_ecclesia_eucharistia_sp.html)
- Léon-Dufour, X. (1977). *Diccionario del Nuevo Testamento* (Trad. J. L. Zubizarreta). Madrid, España: Ediciones Cristiandad, S. L.
- Lohfink, G. (1998). *La Iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana* (3 ed.) (Trad. V. A. Martínez de Lopera). Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer.
- López, A. (2014). *El curioso origen de la palabra 'compañero'*. Recuperado de <http://blogs.20minutos.es/yaestaellistoquetodolosabe/el-curioso-origen-de-la-palabra-companero/>
- Lorenzen, T. (1999). *Resurrección y discipulado. Modelos interpretativos, reflexiones bíblicas y consecuencias teológicas* (Trad. J. P. Tosaus Abadía). Santander, España: Editorial Sal Terrae.
- Lüdemann, G. & Özen, A. (2001). *La resurrección de Jesús. Historia, Experiencia, Teología* (Trad. J. P. Tosaus). Madrid, España: Editorial Trotta.
- Marguerat, D. & Bourquín, Y. (2000). *Cómo leer los relatos bíblicos. Iniciación al análisis narrativo* (Trad. J. P. Tosaus Abadía). Santander, España: Editorial Sal Terrae.
- Marguerat, D., Wénin, A. & Escaffre, B. (2005). *En torno a los relatos bíblicos* (Cuadernos bíblicos 127) (Trads. P. Barrado & M. P. Salas). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.

- Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes. (7, diciembre, 1965). Recuperado de [http://www.vatican.va/gmg/documents/gmg-2002\\_ii-vat-council\\_message-youth\\_19651207\\_sp.html](http://www.vatican.va/gmg/documents/gmg-2002_ii-vat-council_message-youth_19651207_sp.html)
- Meza, J. L. & Arango, O. A. (2008). *Discernimiento y proyecto de vida. Dinamismos para la construcción de sentido*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia: Impresión Javegraf.
- Moitel, P. (1999). *Grandes relatos del evangelio. Construcción y lectura* (Cuadernos bíblicos 98) (Trads. P. Barrado & M. P. Salas). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Moreno, Á. (2014). *¿Cómo voy a comprender, si nadie me lo explica? Acompañados, acompañantes y compañeros espirituales*. Madrid, España: Editorial PPC.
- Mèlich, J. C. (2010). *Ética de la compasión*. Barcelona, España: Editorial Herder.
- Nolan, A. (2010). *Esperanza en una época de desesperanza. Y otros textos esenciales* (Trad. R. A. Díez Aragón). Santander, España: Editorial Sal Terrae.
- Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. (1976). *Documentos Fundacionales 1605 – 1638*. Roma, Italia: Tipografía Italo-Orientale.
- Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. (2006). *Regles Et Constitutions de L'Ordre Des Religieuses de Nostre Dame. Reglas y Constituciones concernientes a la formación*. Zaragoza, España: Ediciones Lestonnac.
- Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. (2011). *Proyecto Educativo Compañía de María. No. 1. ODN*. Roma, Italia: Ediciones Lestonnac.
- Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. (2015). *Documento Capitular. "Portadoras y portadores de creatividad evangélica en nuestro mundo"*. XVII Capítulo General. Roma, Italia.

- Oyin, S. (1999). *Comentario Bíblico Internacional. Comentario Católico y Ecuménico para el siglo XXI*. Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Pablo VI. (1975). *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*. Roma, Italia: Librería Editrice Vaticana.
- Pagola, J. A. (2012). *El camino abierto por Jesús. Lucas*. Bogotá, Colombia: Editorial Delfín Ltda.
- Pironio, E. (2010). *Fortaleza y esperanza*. Recuperado de <http://www.pastoraldejuventud.org.ar/instituto/Pironio/Fortaleza.y.Esperanza.pdf>
- Pontificia Comisión Bíblica [PBC]. (2002). *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Documentos. Quito, Perú: Centro Bíblico Verbo Divino.
- Prévost, J. P. (1991). *Diccionario de los salmos* (Cuadernos bíblicos 71) (Trad. N. Darrical). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Ramírez, A. (2013). *Cuestiones de Teología Fundamental. Revelación y fe*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Ratzinger, J. (Benedicto XVI). (2012). *Jesús de Nazaret. Segunda parte. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. (Trad. J. F. Del Río,). Madrid, España: Ediciones Encuentro, S.A.
- Schnackenburg, R. (2009). *La persona de Jesucristo reflejada en los cuatro evangelios* (Trad. C. Ruiz-Garrido.). Barcelona, España: Editorial Herder.
- Schüssler, E. (1989). *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo* (Trad. Tabuyo). Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer.
- Silva, S. (2005). *Discípulo de Jesús y Discipulado según la obra de san Lucas*. Bogotá, Colombia: Editorial CELAM - Paulinas.

- Ska, J. L., Sonnet, J. P. & Wénin, A. (2001). *Análisis narrativo de relatos del Antiguo Testamento* (Cuadernos bíblicos 107) (Trads. P. Barrado & M. P. Salas). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.
- Soury-Lavergne, F. (1984). *Un camino de educación. Juana de Lestonnac 1556-1640*. Roma, Italia: Imprimi Potest.
- V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (2007). *Documento Conclusivo*. Aparecida. Bogotá, D.C., Colombia: Impresión Nomos.
- Velasco, J. M. (2007). *El encuentro con Dios*. Madrid, España: Caparrós Editores S.L.  
Recuperado de <https://goo.gl/GknaTN>
- Vila, S. & Escuin, S. (1990). *Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado*. Barcelona, España: Editorial CLIE.
- Völkel, M. (1998). *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento* (Vol. II) (Trad. C. Ruiz-Garrido). Salamanca, España: Ediciones Sígueme.
- Weren, W. (2003). *Métodos de exégesis de los evangelios. Instrumentos para el estudio de la Biblia XII*. (Trad. X. Pikaza). Navarra, España: Editorial Verbo Divino.